

Ricardo González del Toro

EL BURLADOR DE MEDINA

TRAGEDIA

de un pobre de espíritu, vista por el lado cómico y teatralizada

en tres actos y en prosa

adaptación de la obra alemana DER KEUSCHE DEBEMANN

de

FRANCISCO ANNOLD y ERNESTO BACH



Copyright, by R. González del Toro, 1922

M A D R I D

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

Calle del Prado, nm. 24

1922



Digitized by the Internet Archive
in 2020 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTISTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

T. VORRAS

N.º de la procedencia

3630

EL BURLADOR DE MEDINA

720427

Esta obra es propiedad del autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

El burlador de Medina

TRAGEDIA

de un pobre de espíritu, vista por el lado cómico

y teatralizada en tres actos y en prosa

POR

Ricardo González del Toro

adaptación de la obra alemana

DER KEUSCHE DEBEMANN

de FRANCISCO ANNOLD y ERNESTO BACH

Estrenada el día 15 de Noviembre de 1922
en el **TEATRO REY ALFONSO**



MADRID

Establecimiento tipográfico de J. Amado
Pasaje de la Alhambra, 1.

TELEFONO 18-40

1922

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
AURORA MARTINEZ... ..	Sra. Gil Andrés.
CHON... ..	Srta. Jiménez (B.).
ĆUSTODIA... ..	Ponce de León.
CINTA... ..	Sra. Astort.
GENEROSA... ..	Srta. A. de los Ríos.
RUDESINDA... ..	Cuevas.
AMELIA... ..	Ortega (C.).
MISS ANSEN... ..	Sra. Sánchez.
ROSALINDA... ..	Srta. Meana.
ROSENDO PALOMO	Sr. Alarcón.
AMADEO GAVILAN... ..	Cobeña.
SEGUNDO ROVIROSA	C. de Olivares.
LA BARRERA... ..	Novo.
DOMITILO... ..	Roa.
ENRIQUE... ..	Acebal.
DON NUMERIANO... ..	Marco.
NIÑO... ..	Pérez.
DON SERVANDO	Guillot.
UN CAMARERO... ..	Valle.

(La acción en Medina del Valle.)



ACTO PRIMERO

Estamos en una capital de tercer orden, a la que llamamos Medina del Valle. La escena representa el despacho de una fábrica de galletas, fideos y pasta para sopa. Al foro, un telón con una gran arcada en el centro, que figura conduce: por la derecha, a los talleres, hornos, etc., etc.; por la izquierda, a la calle. En el telón que afuera y que, como es lógico, será de pasillo, se verán sujetos en la pared afiches y anuncios de la casa; pero en el centro habrá uno mayor que los demás, y que el público pueda leer claramente, que diga:

“NUESTRA SEÑORA DE LA CINTA

FÁBRICA DE FIDEOS FINOS Y TODA CLASE DE PASTAS PARA SOPA
HAY ESTRELLAS — HAY YERBAS — HAY LETRAS
HAY PERDIGONES
GALLETAS A TODAS HORAS — VENTAS AL POR MAYOR Y MENOR”

Ocupando parte de la lateral derecha, mostrador y estantería con cajas de galletas, etc., etc., y en el centro de la estantería, hueco de puerta que figura conduce a la trastienda, etc., etc. En el mostrador, peso, papeles, cartuchos de envolver, etc., etc. En la lateral izquierda, primer término, puerta que conduce a las habitaciones de la casa. Segundo término, mampara verde con un óvalo de cristal en el centro, en el que se leerá «Caja». Dos sillas arrimadas al mostrador.

Son las primeras horas de la mañana.

(Al levantarse el telón, DOMITILO, dependiente, de unos veinte a veintidós años, en el mostrador toma nota de un pedido que hace GENEROSA, criada postinera, guapa con

- exageración, de unos veinticinco años, y que viste, dentro de su clase, lo más llamativa posible.)*
- Generosa** ¿Pero tomas la nota o no la tomas?
- Domitilo** (*Nervioso.*) Claro que sí... que la tomo. Ahora que no sé lo que le pasa al lápiz...
- Generosa** (*De broma.*) Al lápiz o a ti.
- Domitilo** A los dos: no lo querrás creer; pero cada vez que vienes a hacer un pedido se me pone el pulso que no sé lo que escribo.
- Generosa** Pues a ver si pones cuidao, que la otra vez te pedí sopa de perdigones y me la mandaste de letras.
- Domitilo** Es la misma pasta.
- Generosa** Pues díselo a mi señorito, que las odia a muerte: ver las letras y protestar to es uno; y, vamos, que tenga yo una bronca porque a ti te pase lo que te pase...
- Domitilo** A mí me pasa que me dices kilo y medio de entrefinos, y como pa decírmelo tiés que jugar la boca y la juegas de un manera que escalofría, pues apunto y...
- Generosa** Sí... Apunta... y no das...
- Domitilo** Sí, doy; pero lo doy cambiao.
- Generosa** Total, que estás loco.
- Domitilo** Bueno; anda, sigue.
- Generosa** ¿Qué has puesto?
- Domitilo** (*Leyendo.*) Dos kilos de perdigones, ídem ídem de letras... ¡Ah, te advierto que las letras han subido!
- Generosa** Bueno. Apunta otros dos de estrellas.
- Domitilo** También han subido.
- Generosa** ¿Qué han subido?
- Domitilo** ¡Anda! Las estrellas están por las nubes.
- Generosa** Mira, Domitilo, no me hagas chistes porque se lo digo a don Amadeo.
- Domitilo** ¿Chistes? Ya verás luego la factura.
- Generosa** (*Mirando disimuladamente a la derecha.*) Oye; pero tu amo, ¿a qué hora sale a la tienda?
- Domitilo** Cuando le da la gana. Como es el amo... ¿Qué galletas te pongo?
- Generosa** Un kilo de las mejores.
- Domitilo** Ya sabes que tenemos un gran surtido: cocos, vainillas, Marías... ¡Y no te digo nada de la especialidad de la casa! De las que llevan el nombre de la señora: «Galletas Cinta».
- Generosa** No; de esas no, que no le gustan al amo.

- Domitilo** Lo comprendo. Como tienen cierto sabor dulzón... las Cintas son más para las señoras.
- Generosa** Bueno, pues no dejes de enviármelo en seguida.
- Domitilo** Y tú, no te olvides que con el pedido va mi corazón, que no es pa el gato, sino pa ti.
- Generosa** Cuando me lo mandes envuelto en la piel que me tienes ofrecida, hablátemos.
- Domitilo** No me lo recuerdes, que es mi pesadilla. Si no fuese tan cara, hace mucho tiempo que la tendrías; pero ¡oye! ¿Quieres unas que hay a cuarenta y cinco pesetas?
- Generosa** ¡Quita, hijo! Yo no me enrosco un gato al cuello.
- Domitilo** ¡Maldita sea!
- Generosa** Ya sabes que es lo único que te he pedido. Conque hasta luego. *(Se marcha por el foro.)*
- Domitilo** Adiós, Generosa... *(Acomiándose a la puerta y viéndola marchar.)* Ahí va lo mejor de Medina del Valle.
(En este momento, AMADEO asoma la cabeza por la primera izquierda y llama siseando a Domitilo, que, entusiasmado, viendo marchar a Generosa, no se da cuenta.)
- Amadeo** ¡Chis, chis!
- Domitilo** *(Por Generosa.)* Así se ondulan las caderas.
- Amadeo** ¡Chis!
- Domitilo** *(Idem.)* ¡Así se anda!
- Amadeo** *(Desesperado.)* ¡Así te maten! *(Alto.)* ¡Domitilo!
- Domitilo** *(Sorprendido.)* ¡El amo!
- Amadeo** *(Saliendo.)* ¿Pero no me has oído que te estoy siseando?
- Domitilo** *(Turbado.)* Sí, sí... No..., no...
- Amadeo** *(Con gran precaución, mirando a la puerta por donde ha salido y dándole una carta a Domitilo.)* Toma, vete a la lotería, y ya sabes... Primero te cercioras de que está ella sola, y si lo está, le dejas la carta y te escapas sin esperar contestación.
- Domitilo** Sí, sí; como el otro día.
- Amadeo** Pero ten vista de cóndor, Domitilo, porque si te coge el lotero te cae por lo menos una aproximación para el otro mundo.
- Domitilo** Descuide usted, que...
- Amadeo** *(Viendo salir a CINTA.)* ¡La señora, calla! *(Alto.)* De modo que ya sabes, no dejes de echarla tú mismo en el correo, porque ten-

- go interés que salga hoy; se trata de un pedido de harinas y...
- Domitilo** Volando. (*Hace mutis foro izquierda.*)
- Cinta** ¿Qué haces?
- Amadeo** Ya lo ves: metido en harina.
- Cinta** ¿Y Rosendo?
- Amadeo** En la caja; trabajando, como siempre... ¡Es una fiera!
- Cinta** Es un sinvergüenza.
- Amadeo** Cinta, por Dios, mide las palabras, que...
- Cinta** Y tú no le vas en zaga...
- Amadeo** ¡Cinta!
- Cinta** Como lo oyes, y puesto que aún me queda tiempo para ir a la estación, vamos a hablar claro, Amadeo. Dentro de media hora llegará de Londres nuestra hija Encarnación, y figúrate cómo vendrá educada, y hazte una idea de cómo vendrá de guapa.
- Amadeo** Con mirarte a ti...
- Cinta** Si ahora no lo soy, lo he sido, y no me gastes reticencias, porque no está el horno para bollos.
- Amadeo** Lo he dicho de corazón: cuando yo te conocí quitabas el hipo.
- Cinta** ¿Y ahora no?
- Amadeo** Ahora lo das... Pero por tu carácter, por tus celos... a medida que vas llegando al ocaso, te vas poniendo inaguantable.
- Cinta** ¡Y ay de de ti como te coja en algo, porque como me llamo Cinta Menéndez, que no quedaba de toda la fábrica ni cuarto kilo de fideos! Numancia y esto, pandán... Pero, en fin, a lo que íbamos; dentro de media hora Encarnación llegará a vivir para siempre con nosotros, hasta que se case, y tú comprenderás que Rosendo no puede seguir aquí.
- Amadeo** ¿Qué dices?
- Cinta** Lo que oyes; Rosendo Palomo es un peligro en esta casa.
- Amadeo** ¿Pero tú lo crees capaz?...
- Cinta** De todo... como te creo a ti, no porque seas como él, sino porque te pegue él su manera de ver la vida. Ya lo dice el refrán: «Dime con quién andas, te diré quién eres»; y el que ande con Rosendo tiene que ser necesariamente un libertino.
- Amadeo** Yo creo que exageras.
- Cinta** ¡Exagerar! Pues tú has sido el que me has

llamado la atención, el que me has condenado sus trapicheos, sus conquistas, sus osadías...

Amadeo Sí, sí; yo he sido, pero...

Cinta Y en no pocos compromisos te ha puesto, según tú...

Amadeo En muchos...

Cinta Anoche mismo tuviste que salir a las dos de la madrugada a sacarle de no sé qué sitio...

Amadeo Sí, sí. Un día le ocurre algo... No sabe dónde se mete...

Cinta Pues anoche debió ser en una tienda de bisutería, porque a ti te he encontrado en el bolsillo de la americana una hermosísima peineta de carey.

Amadeo ¿De carey? ¡Caray! ¿Y cómo?... Seguramente me la metió en el bolsillo Rosendo... La llevaría con otros fines... Sí, sí, tienes razón; hay que poner coto a esto. ¡Ahora que echarlo!...

Cinta Ya te he dicho que es necesario...

Amadeo Considera que él, como persona, será todo lo que quiera; pero como contador es una maravilla, ¡qué libros lleva! ¡Qué claridad en las cuentas!

Cinta Otros habrá.

Amadeo No lo creas. ¡Un contador así no se encuentra detrás de la puerta!

Cinta Pues tú opinarás como quieras, pero a mí no hay quien me quite de la cabeza que te roba.

Amadeo ¡Robarme!

Cinta Robarte, sí. ¿De dónde, si no, saca el dinero para sus aventuras? Porque si se tratase de un Adonis, todavía podía creer... pero, Palomo, a su edad, con el pelo teñido, con ese aire estúpido... tener revolucionadas a casi todas las mujeres de Medina... no lo creo; eso debe ser dinero y dinero.

Amadeo (*Dándose importancia.*) O una gracia particular.

Cinta Que saldrá de tu caja. Yo, sospechándome algo, mandé hacer unas llaves, con las que, como sabes, abro los cajones de su pupitre, y ayer, cuando se fué, procedí a un registro, segura de encontrar algo que me pusiese en antecedentes, pero no encontré ni un rastro.

Amadeo ¿Ni un rastro?

- Cinta** Nada. Una corbata vieja, una boquilla rota, dos pasadores de hueso, una petaca usada...
- Amadeo** ¿Y eso no es un rastro?
(*Por el foro aparece UN CHICO vestido de marinerito, como de unos doce años. Trae una carta en la mano.*)
- Chico** Buenos días. ¿Está el?...
- Amadeo** (Aterrado al verlo se dirige a él y no le deja hablar.) ¡Atiza, el chico de la Magdalena!
(Alto.) Sí, sí; trae... (*Quitándole la carta.*)
- Chico** Es que me ha dicho mi...
- Amadeo** ¡Que sí, niño; que está bien! (*Empujándole.*) Anda, rico; zarpa.
- Chico** Pero...
- Amadeo** (*Echándole materialmente.*) Que zarpes, te digo. (*Desde el foro y respirando al verlo marchar.*) Este marinerito por poco mete el remo. (*Baja al proscenio, y fingiendo una gran serenidad le dice a Cinta que le tiene clavados los ojos.*) ¿Ves? otro lío de Rosendo. (*Con seguridad.*) Dame esa carta.
- Cinta** ¡Mujer, que la correspondencia es sagrada!
- Amadeo** (*Arrebatándosela de las manos.*) Que me des esa carta, te digo.
- Cinta** Amadeo
- Amadeo** Cinta, reflexiona... Nosotros tenemos derecho a cerrarle las puertas de esta casa, que siempre se las hemos abierto; pero a abrirle las cartas, no...
- Cinta** (*Leyendo.*) «¡Para mi Volátil!» ¿Volátil?
- Amadeo** Claro, como se apellida Palomo, pues... Volátil.
- Cinta** No veo la consecuencia. Tú te apellidas Gavilán y nunca se me ha ocurrido llamarte así. (*Abriéndola.*) Vamos a ver qué le dice.
- Amadeo** (*Aparte.*) ¡Que Dios haya puesto discreción en la pluma de Magdalena!
- Cinta** (*Leyendo.*) «Ladronazo.» (*A Amadeo.*) ¿Ves cómo te roba? (*Sigue leyendo.*) «Al ponerse el sol te aguardo en el nido que estamos poniendo. Va a quedar monísimo. ¡Verás qué nido! Con quinientas plumas que te traigas lo acabamos de poner. No tarde, que está ansiosa por arrullarte tu, Tortolita.» ¿Quién será esta Tórtola?
- Amadeo** Ya puedes suponer... Una...
- Cinta** Una pájara de cuenta.
- Amadeo** Pero que de una cuenta... (*Aparte.*) que no se acaba nunca.

- Cinta** (*Dándole la carta.*) Toma. Después de esto, supongo que se te habrá caído la venda de los ojos. Quinientas pesetas no puede darlas él sin robarte.
- Amadeo** Eso es lo que a mí me vuelve loco, porque las cuentas no pueden estar más claras.
- Cinta** Echalo, Amadeo; y si tú no tienes valor, yo lo echaré. ¿Dices que está ahí dentro?
- Amadeo** Sí. Ahí, en la Caja, está trabajando.
- Cinta** (*Se dirige a la Caja.*) Pues verás...
- Amadeo** (*Deteniéndola.*) No... déjalo ahora. (*Mirando el reloj.*) Te queda el tiempo justo para ir a la estación..
- Domitilo** (*Entrando por el foro.*) Entregada; digo, echada.
- Amadeo** ¿Has llegado a tiempo? Supongo que estará el coche que encargué esperando.
- Domitilo** Sí, señor; en la puerta está.
- Amadeo** Pues anda, acompaña a la señora a la estación, que yo tengo que hablar con el señor Palomo.
- Cinta** Como casi nunca llega el tren a su hora, si viniesen antes que nosotras las de Cordoncillo, o don Numeriano el lotero, o su esposa doña Custodia, o...
- Amadeo** Sí, sí; todas las amistades que vienen a darle la bienvenida a Encarnación.
- Cinta** Hazles la visita y obséquialas. En el comedor lo tienes todo preparado.
- Amadeo** Sí, sí; anda, anda a la estación.
- Cinta** Vamos, Domitilo. (*A Amadeo.*) Y piensa bien lo que te he dicho: ese hombre aquí es un peligro.
- Amadeo** Anda, anda al andén.
- (*Apenas han hecho mutis por el foro izquierda Cinta y Domitilo, Amadeo se acerca a la segunda izquierda y da en el óvalo del cristal unos golpes que suenan como la célebre frase musical «una copita de ojén». Seguidamente baja al proscenio, se abre la mampara y sale a escena ROSENDO, hombre de unos cuarenta y cinco años; el bigote, no muy grande, teñido y caídas las guías; el pelo, también teñido, en desorden. Viste muy medianamente, y en ambos brazos saca superpuestos esos manguitos clásicos que se ponen los escribientes para no rozar los del traje; en general, el tipo que ahora se des-*

cribe tiene que contrastar con el de la otra salida: sobre la oreja derecha saca colocado el portaplumas con que escribe.)

- Rosendo** ¿Me llamabas?
- Amadeo** Sí, tengo necesidad de hablar contigo.
- Rosendo** (*Asustado.*) ¿Qué pasa? ¿He hecho algo mal? ¿Te he contrariado en algo?
- Amadeo** No, no es eso.
- Rosendo** (*Suspirando.*) ¡Ah!
- Amadeo** Es... (*Fijándose en la cara.*) ¡Sabes que da pena verte! ¡Qué palidez! ¡Qué fofez! Pareces un muerto.
- Rosendo** Como que acabo de salir de la caja. Me he llevado toda la mañana trabajando. A propósito, el balance...
- Amadeo** Déjate de balances y óyeme. Ahora más que nunca necesito de ti.
- Rosendo** ¿Cuestión de faldas?
- Amadeo** De faldas. Pero ya verás qué plan he combinado.
- Rosendo** Pero, Amadeo, por Dios; tú no eres ya un fabricante de fideos. Tú eres un Mefistófeles con flexible...
- Amadeo** (*Secamente.*) Rosendo, ya sabes que no te tolero advertencias. (*Seramente.*) Tu obligación es obedecer, y nada más que obedecer.
- Rosendo** (*Resignado.*) Lo sé... El que manda eres tú y el contador soy yo... Te debo el pan que me como, te debo...
- Amadeo** Déjate de débitos ahora, que tengo el tiempo tasado. ¿Compraste las postales?
- Rosendo** (*Sacando unas cuantas.*) Aquí las tienes. He escogido las que me han parecido más a propósito... Como que me indicaste que fuesen artistas guapas y de postín... Mira, Isabel de Flandes. (*Se la da.*)
- Amadeo** (*Fijándose en ella.*) No está mal.
- Rosendo** Agustina de Aragón.
- Amadeo** (*Enfadado.*) Pero, hombre, si esto es una heroína.
- Rosendo** Como pone de Aragón, me creí que era una cupletista de cantos regionales.
- Amadeo** Esta no sirve.
- Rosendo** Bueno, pero fíjate en ésta.
- Amadeo** (*Leyendo.*) Edmond de Briés.
- Rosendo** Vaya francesa, ¿verdad?
- Amadeo** ¡Vaya!... Vaya por el dinero, porque ésta no sirve.

- Rosendo** ¡Tampoco! Pues, chico, yo creí que escogía lo mejor. ¿Y ésta? (*Dándole otra.*)
- Amadeo** (*Con gran alegría.*) ¡Hombre, esto ya es otra cosa!
- Rosendo** (*Respirando de satisfacción.*) ¡Gracias a Dios!
- Amadeo** (*Recreándose en la fotografía.*) ¡Esto, sí! ¡Qué línea! ¡Qué distinción! ¡Qué cara!
- Rosendo** Una peseta.
- Amadeo** (*Sin hacerle caso y examinando la postal.*) A mí me recuerda... sí... sí... Pero calla, si tiene aquí un autógrafo... sí, míralo, su firma: (*Leyendo.*) «La Sulamita». ¡Ya decía yo que me recordaba algo! ¡Menuda tonadillera! Hace unos cuantos años estuvo aquí. ¿No la viste? Trabajó en el Teatro Principal.
- Rosendo** No; ya sabes que yo en eso de acostarme le hago competencia a las gallinas... No necesítandome tú, a las nueve soy un tronco.
- Amadeo** Causó una revolución por su elegancia y su plasticidad. ¡Locos tuvo a todos los hombres de Medina! Bueno, pues esta mujer ha estado loca por ti.
- Rosendo** ¿Por mí?
- Amadeo** Sí. Durante los días de su actuación aquí, tú la viste, la pusiste el cerco y lograste que se enamorase de ti, y en prueba te dejó este retrato con la siguiente dedicatoria. Verás. (*Llegándose al mostrador y escribiendo.*)
- Rosendo** ¿Qué vas a hacer?
- Amadeo** No me interrumpas. Voy a ver si consigo imitar todo lo mejor posible su letrá. Ya sabes que esto lo hago bien.
- Rosendo** La mía la imitas a la perfección.
- Amadeo** ¿Qué ponemos? A ver, dime una cosa bonita, poética... lírica... musical.
- Rosendo** ¿Musical? «Allá por la tierra mora, allá por tierra africana.»
- Amadeo** No, hombre, no. ¡Ah, ya está!... (*Escribiendo.*) «A mi inolvidable Rosendo. Recuerdo de nuestros enloquecedores días de pasión en Medina.» ¿Eh? ¿Qué tal? ¿Se parece la letra?
- Rosendo** Así, de pronto, parece la misma.
- Amadeo** Pues óyeme bien, Rosendo. Ahora más que nunca necesito que tu aureola de hombre mundano, de conquistador, de atrevido, llegue a su apogeo. Tengo a la vista dos mu-

jeres que quitan la cabeza. Custodia, la lotera, a la que he empezado a tantear, valiéndome, como siempre, de tu nombre; Milagros, la del todo a 65, y Cinta ha empezado a escamarse.

Rosendo Ya te lo he advertido. Ten cuidado con tu mujer. ¡Mira que Cinta es muy larga!

Amadeo Antes de irte dejas ese retrato en uno de los cajones de tu mesa. Mi mujer te los abre todos los días, y es necesario que hoy te coja ese retrato, mañana una trenza, otro día un mechón... Además, quizá tenga que echarte a la calle.

Rosendo ¡Amadeo, por Dios! Con los garbanzos no hagas combinaciones.

Amadeo No te apures. Si te echo, que yo haré lo posible por que no, seguirás percibiendo tu sueldo, amén de los extraordinarios. Ahora deja el retrato como te he indicado; vete a tu casa y vístete con el traje que te habrán llevado.

Rosendo ¿Un traje?

Amadeo Sí; un traje que te he mandado a hacer. ¿Para qué crees que te tomaron medida el otro día? Es necesario que hoy des el golpe. Con motivo de la llegada de mi hija Encarnación, van a venir nuestras amistades, y tienes que surgir más grande que nunca; ese bigote súbetelo; ese pelo bájatelo; ponte una flor llamativa, y, sobre todo, perfúmate... Ya sabes a lo que tienes que oler y lo que tienes que fumar.

Rosendo Eso es lo que más me contraría, que me hagas fumar cigarros egipcios.

Amadeo Pues son excelentes.

Rosendo Para el que le gusten. A mí me dan un picor, y, sobre todo, me entra una modorra que me caigo a puñados.

Amadeo Toma café; y anda, que el tiempo corre y el tren ha debido llegar ya. ¡Ah, traeme luego alguna prenda tuya!

Rosendo ¿Más? Ayer te dejé mi sombrero, la petaca con las iniciales...

Amadeo Bueno, pues luego me traes un pañuelo... No, un pañuelo, no... algo...

Rosendo ¿Quieres que te traiga aquella corbata verde lagarto, con pintas amarillas, que tuve

que dejar de ponerme porque cada vez que la veía tu mujer le daba estrabismo?

Amadeo Hombre, sí. Has tenido una gran idea: anda, deja el retrato, vete a vestir y no tardes, que tienes que dar el golpe.

Rosendo Está tranquilo. Me iré por la puerta de la oficina, ¿eh?

Amadeo Por donde quieras, pero pronto.

(Rosendo hace mutis por la puerta de la Caja. Al quedarse solo Amadeo, pasa dentro del mostrador y figura que examina los pedidos, etc., etc. Por la puerta del foro aparece GENEROSA, avanza, y al llegar al mostrador, dice en son de burla.)

Generosa ¿No hay quién despache?

Amadeo *(Volviéndose.)* Hay... *(Al verla.)* ¡Ay, mi madre, la Generosa!

Generosa ¿Sabe usted si han enviado ya el pedido que hace poco he hecho?

Amadeo Supongo que sí; pero si no lo han enviado y a usted le urge, soy yo capaz de llevarlo en persona.

Generosa ¡Jesús y qué fina está hoy la mañana!

Amadeo Y no está más porque tú no quieres; ¡parece mentira que te llames Generosa y seas tan avara de tus encantos!

Generosa De eso precisamente quería yo hablar con usted.

Amadeo ¿Conmigo?

Generosa Con usted, porque eso de que yo le haya mirado con esta dejadez nativa en mí o le haya sonreído con este plegao de labios que dicen que me favorece, no es pa' que me haga usted el mamerito que me hizo anoche; por supuesto, que demasiao bien escapó usted; eso de colarse por el corral a las horas que usted se coló y llamar a la ventana...

Amadeo Es que iba a darle una peineta que no la hay mejor. Como te oí la otra tarde suspirar por una...

Generosa Bueno, pero es que una peineta no es la Ex-
tr'emaunción que hay que darla, sea la hora que sea, porque ya vió usted el escándalo que movieron las gallinas, y claro, como mi señorito desde que salió del Manicomio tiene un desvelo que no pega los ojos ni con sindeticón, pues oír el cacareo, tirarse de la cama y coger el rifle to' fué uno, y si no está

- usted listo, a estas horas hay un letrero ahí en esa puerta que dice: «Cerrado por defunción».
- Amadeo** Bueno, pero, oye, ¿él se dió cuenta de que era yo?...
- Generosa** El vió un bulto que escapaba... Ahora que el sombrero y la petaca que se dejó usted en la huída sí que lo cogió y estuvo mirando las iniciales...
- Amadeo** ¿Ah, sí? (*Aparte.*) Menos mal que eran de Rosendo.
- Generosa** Yo no sé lo qué hará; porque, claro, yo, antes que sospechase de mí, le di a entender que el galán quizá fuese por la señorita Rosalinda.
- Amadeo** ¿Por su hija?
- Generosa** ¡A ver qué iba yo hacer! ¡Y cómo se puso y qué juramentos hizo! Yo creo que está más loco que antes. ¡Y luego cómo le ha dao por lo de la honra! Le digo a usted que de buena se ha escapao.
- Amadeo** (*Traspuerto.*) ¡Bah! No hay miedo; más miedo me dan tus ojos...
- Generosa** ¿Ya empezamos?...
- (*En este momento se oyen rumores en el foro y aparece DOMITILO con un cabás elegantísimo y una maleta de viaje. Detrás de él entran CINTA, ENCARNACION, ENRIQUE y MISS ANSEN.*)
- Amadeo** (*Dándose cuenta.*) ¡La familia! (*Alto.*) Pues nada, nada, váyase usted tranquila, que en seguida le llevarán el pedido. Ah, dígame a su señorito que me alegró mucho de su mejoría.
- Generosa** (*Haciendo mutis.*) Buenos días.
- Cinta** Aquí tienes ya a nuestra hija. (*A Domitilo.*) Deja todo eso en el cuarto de la señorita.
- Amadeo** (*Saliendo del mostrador y corriendo hacia Encarnación.*) ¡Hija de mi vida!
- Encarn.** (*Conteniéndole.*) ¡Papá, por Dios!
- Amadeo** ¿Qué te pasa?
- Encarn.** Qué esas exclamaciones ¡tan fuertes! y ese regocijo tan exagerado no está bien: ¡Son Shocking!
- Amadeo** Ah, ¿de modo que no debo alegrarme al verte?
- Encarn.** Sí, pero con una alegría correcta: «smart».
- Amadeo** ¿Smart?

Encarn. Elegante, papá. Considera que yo soy una joven bien.

Amadeo *(Resignado.)* Bien. *(Con cierta frialdad.)* Hija mía, ¿qué tal el viaje?

Encarn. ¡Charming! Ah, voy a hacerte una presentación. Enrique de la Vega, attaché a la Embajada española que viene con dos meses de licencia.

Enrique *(Saludando.)* Un gran gusto en conocerle.

Amadeo El gusto es mío.

Encarn. *(Presentando.)* Miss Ansen, mi dama de compañía; mi carabiña, como las llaman aquí en España. Apenas habla el castellano.

Miss *(Saludando.)* Mocho gusto.

Amadeo Mocho, digo, mucho.

Cinta *(A Enrique.)* Comerá usted con nosotros.

Encarn. Claro que sí.

Enrique No me atrevo a rehusar la invitación, pero antes desearía ir al hotel para quedar ya instalado y mudarme de ropa.

Amadeo ¡No faltaba más! Domitilo le acompañará. Aquí, que valgan la pena, no hay más que dos hoteles: El Moderno y El Medinense.

Enrique Cualquiera es bueno.

Encarn. Venga usted en seguida; jugaremos una partida de tennis hasta la hora de comer, digo... aquí no habrá campo de tennis. ¿verdad?

Amadeo ¿Campo?... Lo que se dice campo, hay unas afueras que quitan la cabeza; ahora que yo no sé si servirán para eso que dices tú.

Enrique Seguramente no le habrá.

Encarn. Ni donde bailar un fox, ni un shimmy. Enrique lo baila que es un hacha...

Enrique No tanto.

Encarn. ¿Pues y en el golf, y en el polo?

Cinta ¿Ha estado usted en el Polo Norte?

Encarn. ¡Mamá, por Dios! El polo es un deporte.

Domitilo *(Saliendo de la primera izquierda.)* Ya está eso colocado.

Amadeo Ahora acompaña al señor *(Por Enrique.)* al Hotel Moderno o al Medinense, y ponte a su disposición.

Enrique ¡Oh, no, por Dios! Es demasiada molestia.

Cinta Puede usted necesitar algo y como no conoce la población...

Domitilo Cuando usted quiera.

Enrique Ya que se empeñan... *(Saludando a Cinta.)*

- Me congratulo de haberla conocido y estoy encantado de su extremada simpatía.
- Cinta** (*Orgullosa.*) La simpatía es de los dos.
Enrique (*Saludando a Amadeo.*) Igualmente.
Amadeo (*Sin saber qué decir.*) A Dios gracias.
Enrique (*A Miss Ansen.*) Good, bye miss.
Miss Good bye.
Enrique Hasta luego, Chon.
Encarn. Prontito aquí.
(*Enrique hace mutis por el foro, seguido de Domítilo.*)
- Cinta** Y usted, Miss, querrá asearse y descansar.
Miss All right. (Pronúnciese Ol rái.)
Cinta ¿Ol qué?
Encarn. Que sí, mamá; que sí.
Cinta (*Indicando la primera izquierda.*) Pues esa primera puerta de la derecha es su habitación.
Miss ¡Thank you! (Pronúnciese Zenkiú.)
Encarn. Sí, vaya, qué cuando la necesite ya la avisaré yo.
Miss (*Haciendo mutis por la primera izquierda.*) Very well.
- Cinta** Bueno, Encarnación...
Encarn. Mamá, por Dios, no me llames así; parece que hablas con la lavandera; llámame Chon.
- Amadeo** ¿Chon?
Encarn. Sí; así se les llama a las Encarnaciones.
Amadeo Bueno, Chón; por lo visto este Enrique...
Encarn. Este Enrique es un muchacho bien y nada más.
- Cinta** ¿Pero a ti te gusta?
Encarn. No me desagrada.
Amadeo ¿Y tú le gustas a él?
Encarn. Seguramente; lo cual no tiene nada de particular porque me parece que yo valgo la pena...
- Amadeo** ¿De manera que has vuelto de Londres con una educación a la moderna y enamorada?
Encarn. ¿Enamorada? Qué palabras más cursis y más antiguas se os ocurren. ¿Quién se enamora en estos tiempos? Enrique me agrada; es un pollo a la moderna... elegante... que sabe de todo y, además, que todas mis amigas estaban locas por él.
- Cinta** ¿Y eso te agrada?
Encarn. Claro, mamá. Lo más sugestivo en el amor

es que el novio de una sea solicitado por las demás. Tú no sabes qué importancia da eso.

Cinta ¿De modo que Enrique?...

Encarn. No es más que un ligero «flegt»; yo para casarme me gustaría un hombre de más edad; el hombre gris que está ahora de moda en Inglaterra, y, sobre todo, que tuviese una historia mundana, terrible.

Cinta ¡Chón!

Encarn. Sí, mamá; no te asustes; esos hombres ya maduros, hartos de aventuras amorosas que se pavonean con su cartel de conquistadores por todas partes; que hoy fueron románticos y mañana audaces, esos son los mejores para maridos.

Cinta Pues no sueñes con encontrarlos aquí en Medina: esto es un poblacho con humos de capital.

Amadeo No tanto, Cinta.

Cinta ¿Aquí conquistadores?... Es decir, sí, tienes razón; hay uno.

Encarn. (*Riendo.*) ¿Uno: nada más?

Cinta Sí, uno gris, como tú dices; pero que se tiñe que es la pesadilla... por supuesto. ¡Si tú lo conoces!

Encarn. ¿Yo?

Cinta Y tanto; es Rosendo Palomo, el contador de casa.

Encarn. (*Admirada.*) ¡Palomo! ¿Que Palomo es un conquistador?

Amadeo Sí, hija, sí. Nos ha salido un don Juan, don Juan, yo te imploro.

Encarn. (*Riendo.*) ¿Pero es posible? Aquel señor tan apocado, con la americana llena de manchas, los pantalones con rodilleras, que se pasaba las horas haciendo cuentas...

Amadeo Ese que apenas sale de aquí se transforma en otro: se viste a la última, despide un perfume que atonta, fuma cigarrillos egipcios, en la muñeca derecha, reloj; en la izquierda, pulsera de pelo de camello...

Encarn. ¿Os burláis?

Cinta Lo que te está diciendo es el Evangelio y se busca unos compromisos que, si no fuese por tu padre, ya le hubiesen dado un golpe. Anoche sin ir más lejos...

Amadeo ¡Cinta, por Dios, que!...

- Encarn.** No, no; por mí podéis hablar; estoy educada a la moderna. Además que esa transformación del señor Palomo la encuentro muy interesante.
- Cinta** Pues a mí me parece una desvergüenza. Yo aquí no quiero Tenorios y cerca de ti me nbs.. A propósito, voy a ver si... En seguida vengo. (*Hace mutis por la puerta de la Caja.*)
- Encarn.** ¿Dónde va mamá?
- Amadeo** Seguramente a registrar los cajones de la mesa de Rosendo.
(*En este momento entra por el foro AMALIA y RUDESINDA CORDONCILLO, jóvenes cursis y solteras; quieren ser elegantes y no lo son. También entra DON NUMERIANO, lotero de Medina del Valle, de unos cuarenta y cinco años; tipo de militar retirado.*)
- Amelia** (*A su hermana.*) Mírala. ¡Qué guapa ha venido!
- Rudesinda** Querida Encarna. (*Corriendo a abrazarla.*)
- Encarn.** (*Estrechándola.*) ¡Rudesinda! (*Abrazando a Amelia.*) ¡Amelia!
- Amelia** Chica, estás que eres otra.
- Encarn.** He cambiado mucho, ¿verdad?
- Rudesinda** Muchísimo.
- Amadeo** (*Llamándole la atención a Encarna.*) Chón... Aquí... ¿no te acordarás de él?... Don Numeriano, el que tiene la Lotería en la calle Larga.
- Encarn.** ¡Ah, sí! El marido de doña Custodia... ¡Ya lo creo que recuerdo!
- Numer.** (*Dándole la mano.*) Bienvenida.
- Encarn.** Tantas gracias. ¿Y su esposa?
- Numer.** Salió a hacer no sé qué encargo y quedó en que aquí nos reuniríamos. Está usted verdaderamente cambiada.
- Amelia** Cuando nosotras te lo decimos...
- Encarn.** Sí, ¿eh? ¿Y mamá?
- Rudesinda** En casa, con el dichoso reuma que la tiene adherida a un sillón ya va para cuatro meses.
- Encarn.** ¡Pobre!
(*Por la puerta de la Caja sale CINTA con la postal de Sulamita en la mano.*)
- Cinta** (*Indignada.*) ¡Cuando yo decía! Si tengo una nariz...
- Amadeo** ¿Qué pasa?

- Cinta** ¡Qué ha de pasar! Que ya le he cogido a ese libidinoso.
- Amadeo** Cinta, repara...
- Cinta** ¿Lo dices por?... ¡Qué importa! Si estarán tan enteradas como nosotros... Puede que mejor, seguramente.
- Amelia** ¿A qué se refiere usted?
- Cinta** ¿A qué me he de referir? Al Tenorio de Medina.
- Rudesinda** ¡Ah, sí, a Palomo!
- Amelia** Es un hombre terrible.
- Numer.** A mí me van a perdonar que no sea de esa opinión. Yo no lo creo tan terrible.
- Rudesinda** ¿Que no? Por lo visto usted no sabe lo que se corre por ahí de anoche.
- Cinta** Este lo sabe, pero no me lo ha querido decir.
- Amadeo** Pero si no fué nada.
- Amelia** Nada, ¿eh? Pues sencillamente que le ha puesto los puntos a Rosalinda...
- Cinta** ¿A la hija del señor La Barrera el loco?
- Rudesinda** ¡Jesús, María y José!
- Rudesinda** Y esta madrugada, sin encomendarse a Dios ni al Diablo, parece ser que saltó las tapias del corral de la casa de ella y lo cogió el padre llamando a la ventana del dormitorio de la chica.
- Cinta** ¡Qué cinismo!
- Amadeo** Exageran ustedes.
- Encarn.** ¡Es interesante! ¿Y qué hizo el padre?
- Rudesinda** Según dicen cogió el rifle dispuesto a matarlo, pero huyó como alma que lleva el Diablo, no sin dejar en la huída el sombrero, la petaca y yo no sé si algo más.
- Numer.** Pues yo, en el caso del señor La Barrera, no haría más que lo siguiente: Buscaría al conquistador, le quitaría la cabeza de un estacazo y le devolvería su sombrero.
- Amadeo** Quitándole la cabeza, ¿para qué?
- Amelia** No; si, según hemos oído, el señor La Barrera va a tomar una medida radical, y como está loco...
- Cinta** Bien empleado le estará.
- Encarn.** Bueno, pero ¿qué es lo que has encontrado que salías tan indignada?
- Cinta** Un retrato dedicado.
- Amadeo** A ver, a ver... (Cogiéndole.) de La Sulamita.
- Encarn.** ¡La Sulamita! Esa artista famosa...

- Amelia** : ¿Esa que estuvo aquí hará unos cuatro años?
- Amadeo** De esa, de esa... Y fíjense ustedes qué dedicatoria tiene. (*Leyendo.*) «A mi inolvidable Rosendo. Recuerdo de nuestros enloquecedores días de pasión en Medina.»
- Rudesinda** ¿Es posible?
- Encarn.** ¿Pero cómo Rosendo ha podido enloquecer a una mujer de la categoría de La Sulamita?
- Numer.** Sí que es raro, sí. Porque aquí le hicieron el amor todos los hombres, y no hubo quien consiguiera ni una sonrisa.
- Amadeo** Pues aquí bien claro lo dice.
- Encarn.** A ver, papá, dame ese retrato... (*Viéndolo.*) Sí, es ella... «De nuestros inolvidables días de pasión...» Pues cuando una mujer así ha enloquecido por Palomo, algo debe tener.
- Rudesinda** ¿Qué misterio será el de ese Palomo?
- Amelia** Ya, ya... A mí me gustaría que me hiciese el amor, nada más que por ver cómo lo hace, ¿eh?
- Amadeo** Bueno, vamos a tomar unos pasteles y unas copitas en celebración de tu llegada.
- Cinta** ¿Pero no ibas a enseñarle a Chón las grandes reformas que has introducido en la fábrica?
- Amadeo** ¡Ah, sí!... Es cuestión de un momento... Vengan ustedes también... Por aquí. (*Salen todos por el foro derecha.*)
(*Hay un momento de pausa. Por el foro izquierda entra ROSENDO. Viste un traje de chaquet, claro, que a fuerza de querer ser elegante es ridículo; sobre el chaquet lleva puesto un abrigo de entretiempo, muy corto, también ridículo; botines de color claro con ribetes y botones oscuros, y colocados al revés, o sea los botones para dentro y la boca del botín hacia atrás. Un bastón de cayada exagerado, flexible Frégoli, de color. En el ojal del chaquet, una campanilla (flor); corbata también por el mismo estilo. Bigotes de guías exageradamente levantadas, y el pelo peinado en bandeaux. Debe componerse un tipo gracioso y un poco exagerado. Avanza hasta el proscenio, y ya en él alarga el brazo derecho, mira la hora en el reloj de pulsera y dice al público.*)
- Rosendo** Son las once de la mañana... Bueno, pues

aquí en Medina, como si fuesen las de la noche. No he hecho más que salir y han empezado a cerrar todos los portales de las casas. Calle que atravesaba, calle que sumía en el silencio. Amadeo dice que así voy a dar el golpe y yo creo que está equivocado; así no lo doy, así me lo dan. Pero, en fin, hay que resignarse; si Dios, al darme esta vida que arrastro, me hubiese dado un carácter entero, fuerte, decidido... a mí no me pasa nada de esto, pero se conoce que al echarme al mundo, dijo: «Ahí va ese pobre de todo: de espíritu, de dinero, de voluntad...» Cómo me echaría, que todos los chicos lloran para mamar, ya lo dice el refrán; bueno, pues yo ni eso: me biberoneaban porque les daba pena; pero yo decir esta boca es mía, jamás. ¡Y que ya no tiene remedio! Muchas veces he intentado cambiar, dar la cara a los conflictos de la vida, pero inútil. Todas las veces que he dado la cara, me han dado en ella. Un jilguero es un legionario comparado conmigo. Por eso Amadeo hace de mí lo que quiere; me trae, me lleva, me viste, me desnuda, en un palabra, me ha cogido el pan debajo del brazo y me lo va dando a trozos.

(Por el foro derecha sale sigilosamente AMADEO.)

Amadeo ¡Gracias al Dios! ¿Pero qué te ha ocurrido para tardar tanto?

Rosendo ¿Que he tardado? Es que tú no reparas que la «tualete» que me he hecho no es cosa del momento.

Amadeo A ver: escórzate. *(Rosendo lo hace.)* Sí, tienes línea. Ponte de frente. *(Rosendo lo hace.)* No está mal. Apóyate en la cayada... *(Lo hace.)* Pero, oye, ¿qué flor es esa que te has puesto ahí?

Rosendo Una campanilla.

Amadeo ¿Una campanilla? ¿Para qué?

Rosendo Para llamar... la atención.

Amadeo Has debido ponerte una camelia o un clavel blanco.

Rosendo Sí, pero es que lo que he encontrado más llamativo ha sido la campanilla.

Amadeo *(Oliendo y mirando a todas partes.)* ¿Qué

barbaridad! ¿De dónde vendrá este olor a gasolina?

Rosendo

De mí.

Amadeo

¿De ti? Pero, ¿te has echado gasolina?

Rosendo

Medio bidón. Como me digiste que para dar una idea de que utilizaba un auto...

Amadeo

Pero eso es cuando te pongas el traje de sport. Ahora has debido echarte Violeta de Parma, o Rosas de Francia... ¡Mi madre! Hueles que trastornas. En fin, qué se le va a hacer... Toma, ahí tienes los egipcios. *(Dándole una cajetilla.)* Enciende uno, que van a venir.

Rosendo

Amadeo, por lo que más quieras, no me hagas fumar esto; mira que doy dos chupadas y como si me hubiese picado la mosca del sueño.

Amadeo

Que enciendas te digo. Ahí va. *(Enciende una cerilla y se la acerca.)*

Rosendo

(Alarmado.) Cuidado... no me acerques mucho la cerilla.

Amadeo

¿Qué te pasa?

Rosendo

Que ya sabes cómo voy de gasolina, y si estallo hay aquí una catástrofe. Así a cierta distancia.

(Enciende en la mano de Amadeo, pero lo más retirado posible.)

Amadeo

Bueno, no sabes el efecto que ha hecho el retrato de La Sulamita con la dedicatoria.

Rosendo

Ah, ¿pero ya?...

Amadeo

Sí, hombre, sí. Apenas te fuiste, mi mujer registró los cajones, salió con él... ¡y para qué te voy a decir!... La apoteosis. Estaban aquí las de Cordoncillo, don Numeriano el lotero... En fin, hasta a mi hija has llegado a interesarle.

Rosendo

Oye, y tú crees que cuando me vea tu hija así, no le darán ganas de volverse a Londres.

Amadeo

Lo que tienes que hacer ahora cuando vengán es dejar ese aire tímido; finge cierto desenfado, cierta dejadez, sobre todo toma posturas que te hagan interesante; unas veces te apoyas en la cayada, otras te dejas caer lánguidamente sobre el mostrador, pero siempre que no pierdas la postura...

Rosendo

¿Una postura que no pierda?... Tengo que estar muy acertado. En fin, ya veremos lo

que se me ocurre. Lo malo va a ser al hablar.

Amadeo No lo creas. En tu situación no sabes la importancia que da no contestar más que ¡Phis!... Sí... No... Monosílabos y juego de hombros, ¿me entiendes?

Rosendo Descuida.

Amadeo Ah, toma. (*Saca del bolsillo un añadido de pelo y se lo da.*)

Rosendo (*Cogiéndolo.*) Oye, ¿para qué es esto?

Amadeo Para que lo dejes en uno de tus cajones y mi mujer se lo encuentre mañana.

Rosendo Amadeo, por Dios. Bueno es que digas que las conquisto, pero no que las pelo. Comprendo que me den un rizo, una patilla, hasta un abuelo, pero esto, esto no se le da más que a San Antonio de Pádua por una promesa. (*Por el foro izquierda entra DOMITILLO algo agitado.*)

Domitilo Don Amadeo... Don Amadeo...

Amadeo ¿Qué pasa? ¿Viene don Enrique?

Domitilo Don Enrique vendrá luego. (*Acercándose a él y bajo, para que no le oiga Rosendo, que estará doblando el añadido y probando en qué bolsillo le hace menos feo el bulto.*) El que viene ahora con un bastón que es una columna anunciadora es el señor La Barrera, el loco.

Amadeo (*Alarmado.*) ¿Pero cómo sabes que viene aquí?

Domitilo Porque le estaba diciendo al estanquero: «Voy aquí a la fábrica de sopas a hacer harina a uno, y para cuando salga téngame usted escogidos diez puros de los de porra.»

Amadeo ¡Porra!

Domitilo Y hay que ver la cara que trae: yo no sé cómo han soltado a ese hombre.

Amadeo (*Más preocupado.*) Bueno, ¿pero tú no has oído si le decía al estanquero el nombre de ese que va a hacer harina?

Domitilo No, señor; lo que hacía era enseñarle una petaca y un sombrero.

Amadeo (*Respirando.*) ¡Ah!

Domitilo Y refiriéndose sin duda a las iniciales, gritaba. Fíjese, R. P.

Amadeo (*Aparte.*) ¡Claro! ¡Rosendo Palomo!

Domitilo Bueno, pues dentro de poco, en medio de estas dos letras hay que colocar una I.

- Amadeo** (*Fijándose en Rosendo.*) ¡Pobrecillo! Menos mal que si va al otro mundo va bien vestido. (*Dirigiéndose a Rosendo.*) Oye, Rosendo.
- Rosendo** ¿Qué quieres?
- Amadeo** Que me voy... No vayan mi mujer y las amigas a sospechar algo.
- Rosendo** Ah, sí, sí, muy bien.
- Amadeo** Quizá venga el señor La Barrera a hacer un encargo; habla con él y lo que sea lo recibes.
- Rosendo** Descuida. Será cuestión de galletas, ¿verdad?
- Amadeo** Por ahí puede que empiece, pero tendrá más importancia; ya lo verás.
- Rosendo** Bueno, lo que sea, yo me encargo... Ah, le cobraré al contado, ¿verdad?
- Amadeo** De eso no te preocupes, que con ese tío cobras.
- Rosendo** Mejor.
- Amadeo** Vamos, Domitilo. (*Abrazándole enternecido.*) Adiós, Rosendo.
- Rosendo** Anda, no noten la tardanza y sospechen. (*Desde el foro y enternecido.*) ¡Pobrecillo! Y el caso es que con ese traje quizá no le abran en la gloria.
- Rosendo** (*Hacen mutis por el foro derecha Amadeo y Domitilo. Rosendo se mira el bulto que le hace en el pantalón el añadido; se lo saca y se lo guarda en un bolsillo de atrás del chaquet.*) (*Cambiándose de bolsillo el añadido.*) Esto del pelo me trae de cabeza. (*Por el foro aparece LA BARRERA, que se quita el sombrero. Viene más que despeinado, con los pelos casi en punta, los ojos mirando de una manera que debe preocupar; grandes ojeras. En la mano derecha lleva un bastón respetable y un sombrero viejo. El tipo debe componerlo el actor, teniendo en cuenta lo que de él se ha dicho en las escenas anteriores.*)
- Barrera** (*Desde el foro.*) Buenos días.
- Rosendo** (*Muy amable.*) ¡La Barrera! Adelante.
- Barrera** (*Avanzando.*) No sabe usted lo que me alegro que sea usted quien me reciba.
- Rosendo** (*Muy amable.*) Un camión de gracias, señor La Barrera. Usted me confunde.
- Barrera** Estamos solos, ¿verdad?
- Rosendo** En este momento, nuestra señora de la Cinta y la Arabia inhabilitada, gemelos.

- Barrera** Siendo así... (*Le da el sombrero.*) ¿Usted conoce al dueño de ese sombrero?
- Rosendo** (*Con la misma amabilidad.*) Ya lo creo; el dueño de este ajetreado borsalino soy yo.
- Barrera** ¿Y al de esta pitillera?
- Rosendo** También; es un servidor de usted.
- Barrera** ¿De modo que usted no lo niega?
- Rosendo** ¿Por qué lo voy a negar?
- Barrera** Señor Palomo, creí que era usted un sinvergüenza, y me he equivocado.
- Rosendo** Y yo se lo agradezco; ¿pero por qué se ha tomado usted la molestia de venir a traérmelo? Yo hubiera mandado a Domitilo o hubiera ido en persona...
- Barrera** ¿Usted? ¿Que hubiese ido a mi casa?...
- Rosendo** ¿Por qué no?
- Barrera** ¿Después de lo de anoche?
- Rosendo** ¿De lo de anoche?... (*Aparte.*) Ah, sí; esto debe ser algo de Amadeo; hay que sacarle del conflicto.
- Barrera** Porque usted recordará lo de anoche.
- Rosendo** Muy confusamente, porque como tengo tantas cosas en la cabeza...
- Barrera** Serían las tres cuando usted saltó.
- Rosendo** Sí, es la hora que acostumbro a saltar.
- Barrera** Y llegó usted hasta la ventana.
- Rosendo** Hasta la ventana de un salto, eso es. (*Aparte.*) Pues señor, no creía tan ágil a Amadeo.
- Barrera** ¡Y tocó usted!
- Rosendo** Toqué... toqué... (*Aparte.*) ¿Qué tocaría el otro, Dios mío?
- Barrera** Con los nudillos.
- Rosendo** Justo. ¿Ve usted?, ya voy recordando.
- Barrera** En esto, las gallinas que cacarean; la criada que se despierta; yo que me doy cuenta, que cojo el rifle y usted que no sé cómo desaparece.
- Rosendo** Una especialidad que tengo yo para desaparecer...
- Barrera** En la huida dejó usted eso que le he traído, lo recogí y usted no puede darse una idea de la nochecita que he pasado.
- Rosendo** Y usted no sabe lo que yo lo siento.
- Barrera** Una noche de locura. Yo me preguntaba: ¿será capaz de negar que esto es suyo?, y estrujaba el borsalino entre mis manos.
- Rosendo** Así me lo ha puesto usted.
- Barrera** Pero veo que me he equivocado, y el hom-

- bre que no niega un acto así, es porque está dispuesto a terminarlo como se deben terminar estas cosas.
- Rosendo Barrera** Yo lo termino como usted quiera.
Yo no he de pedirle a usted más que lo lógico: dicen que estoy loco y quizá lleven razón; pero comprenda usted, amigo Palomo, que si usted fuese padre y le sucediese una cosa así... Venía dispuesto a que saliese usted de aquí en el furgón del depósito, pero su sinceridad me ha cambiado por completo. Sí, señor; usted no es como dice la gente, un conquistador sin Dios ni ley. Usted es un pasional, y lo de anoche está explicado; el corazón lo llevó hasta la tapia, el corazón le hizo saltar, el corazón...
- Rosendo Barrera** (*Aparte.*) Me está saltando el corazón.
Cuando hay cariño, todo se disculpa. Lo terrible es cuando se contrae una deuda y se niega a pagarla.
- Rosendo Barrera** Eso sí que no; lo que hay que pagar, se paga, y ahora mismo.
No, ahora, no. Mañana temprano le espero a usted en mi casa: mi hija no estará, por el natural rubor: lleve usted la partida de nacimiento, la cédula personal, la fe de soltería y un certificado de buena conducta... esto último quizá le sea a usted difícil, pero yo me encargo de que se lo den. Allí quedaremos en la fecha y ultimaremos los demás detalles. (*Abrazándolo.*) Gracias, amigo Palomo, gracias.
- Rosendo Barrera** No hay de qué.
Gracias... (*Aparte.*) a Dios que voy a salir de ella. (*Alto.*) Conque hasta mañana.
- Rosendo Barrera** (*Dándole la mano.*) Hasta mañana.
(*Sin soltarle la mano.*) Oiga, ¿venden aquí también gasolina? Porque desde que entré noto un olor...
- Rosendo Barrera** No, soy yo, que acabo de hacer una excursión en auto y...
- Rosendo Barrera** También sportman, ¿eh?
(*Jugando los hombros.*) Phs...
- Rosendo Barrera** Así comprendo que haya usted chiflado a mi Rosalinda.
- Rosendo Barrera** (*Igual.*) Phs...
Adiós... hijo... (*Viendo que le acompaña.*) No te molestes.

- Rosendo** Si no es molestia, no faltaba más.
(Sale La Barrera por el foro izquierda seguido de Rosendo. Por la derecha entran en escena ENCARNACION, CINTA, AMELIA, RUDESINDA, NUMERIANO y AMADEO.)
- Encarn.** Realmente habéis hecho muchas mejoras, pero para fábricas, Inglaterra.
- Cinta** Considera que Medina del Valle no es un Londres.
- Amadeo** (Que desde que salió está con la mirada buscando a Rosendo; cómo no lo ve, dice aparte.) Pues señor, le ha debido pulverizar, porque no veo ni restos.
- Rosendo** (Volviendo a escena.) Señores.
- Todos** (Al verle lanza un grito de sorpresa.) ¡Ah!
- Rosendo** Ustedes perdonen, pero estaba despidiendo al señor La Barrera, antiguo cliente de la casa...
- Amadeo** (Asombrado.) ¿Y no te ha dado... ningún encargo?...
- Rosendo** Sí, sí; la partida de nacimiento... digo, la partida de costumbre: tres kilos de galletas... dos de entrefinos, etc., etc.
- Encarn.** (A su padre.) ¿Pero éste es Rosendo Palomo?...
- Amadeo** Este: voy a presentártelo, porque por lo visto ya no le recuerdas. Mi hija Chón.
- Rosendo** Como recordarla, la recuerdo perfectamente. Ahora que no me atrevía... Señorita.
(Le tiende la mano cómicamente y queda el grupo en la forma siguiente: A la derecha, cerca del mostrador, Rosendo; a su lado, Amadeo; a la izquierda, todos los demás.)
- Encarn.** De modo que según me han dicho; es usted el hombre de moda en Medina...
- Rosendo** (Jugando los hombros.) ¡Phs!
- Amadeo** (Bajo a Rosendo.) Enciende un cigarro.
- Rosendo** (Alto, sacando el cigarro.) Con permiso: si no les molesta el humo. Por más que como son turcos. Son de los que fuma ese general tan célebre...
- Encarn.** Ah, sí, Kemal Pachá.
- Rosendo** Ese. Kemal... (Aparte.) Que mal me va a sentar a mí este cigarro.
- Cinta** (Aparte, a Numeriano.) Pero usted ha visto qué desfachatez de hombre...
- Numer.** A mí me da asco.
- Encarn.** Una indiscreción nos ha revelado que ha

- sido usted el dueño del corazón de una mujer de bandera.
- Rosendo** *(Apoyándose lánguidamente sobre el mostrador.)* ¡Phs!
- Encarn.** ¿Pero qué ha hecho usted para que una artista como La Sulamita, que ha visto a sus pies príncipes, banqueros, artistas, enloquezca por usted hasta el extremo de recordar días inolvidables de pasión?
- Rosendo** *(Con dejadez y sin darle importancia.)* Chilo sá.
- Amadeo** *(Aparte a él.)* Muy bien. Ese golpe en catalán me ha gustado.
- Rudesinda** A ver cuándo va usted una tarde por casa.
- Amelia** Mamá tendrá mucho gusto en verle.
- Rosendo** El caso es que ahora estoy tan ocupado...
- Rudesinda** Sí, sí; ya sabemos que apenas deja la oficina se dedica a mariposear...
- Rosendo** Volátil que me siento.
- Encarn.** Por lo visto es usted el terror de todos los maridos.
- Numer.** De todos, no. A mí el señor no me preocupa en lo más mínimo. Si tuviese el atrevimiento de poner los ojos en mi mujer, le levantaba la tapa de los sesos en el acto.
(Amadeo y Rosendo se miran; este último con una mirada de pavor y de súplica al mismo tiempo que es un poema.)
- Cinta** A propósito de su mujer. ¿Cómo no estará ya aquí doña Custodia?
- Numer.** No debe tardar.
- Cinta** Pues pasemos al comedor a tomar unas pastas y unas copitas... ¿No te parece, Chon?
- Encarn.** Sí, vamos, porque me encuentro así algo mareada.
- Amelia** El viaje.
- Encarn.** No, no; es un olor así como bencina. ¿No lo notan ustedes?
- Rudesinda** Sí que se nota, sí.
- Cinta** ¿Vamos?
- Rosendo** Como usted guste.
- Amadeo** *(Bajo a él.)* No, tú, no; quédate y arréglate esos botines, que te los has puesto al revés. Menos mal que no se han fijado. *(Alto.)* Sí, sí, vamos.
- Rosendo** Ahora entro yo; voy a apuntar la nota del señor La Barrera.
- Encarn.** *(Entrando, a Rudesinda y Amelia.)* Este hom-

bre debe tener algo raro, porque de otro modo no me explico...

(Entran todos por la primera izquierda. Queda Rosendo mirándose los botines.)

Rosendo Yo creí que me los había puesto bien. Por lo visto es que la parte ancha es para arriba. Me los cambiaré...

(Va a inclinarse para quitárselos y entra por el foro izquierda CUSTODIA, mujer de Don Numeriano, joven y muy guapa.)

Custodia *(Entrando.)* Buenos días.

Rosendo *(Sorprendido.)* ¡Doña Custodia!

Custodia Hombre, a propósito; no sabe usted lo que me alegro de encontrarle solo.

Rosendo *(Aparte.)* Hoy todo el mundo se alegra de encontrarme solo. Usted dirá.

Custodia Que era usted un sinvergüenza ya lo sabía, pero que llegase hasta el extremo de poner los ojos en mí sin que por mi parte le haya dado motivo para semejante atrevimiento, no me lo podía suponer.

Rosendo Doña Custodia, por Dios, que...

Custodia Porque conozco a mi esposo y sé que le buscaría una perdición; cuando recibí su primera carta la quemé y me callé, pero esta mañana tuvo usted el atrevimiento de mandarme otra y yo la desgracia de extraviarla... Azorada, avergonzada, no sé dónde la dejé, y temo que la haya encontrado o pueda encontrarla mi esposo, y eso no, antes que me crea culpable prefiero decirle la verdad, suceda lo que suceda. Está aquí Numeriano, ¿verdad?

Rosendo *(Aparte.)* ¡Mi madre, qué catástrofe! *(Alto.)* No, señora, no. Don Numeriano ha venido, pero se ha ido.

Custodia Volverá; nos hemos citado aquí.

Rosendo No vuelve, no; yo le digo a usted que no vuelve. Váyase, váyase en seguida y por lo que más quiera usted no le diga nada.

Custodia Ya le he dicho que no tengo otro remedio.

Rosendo Doña Custodia, que va a darle un día de luto a Medina.

Custodia Primero soy yo.

Rosendo Doña Custodia, espere usted a decírselo a que haya salido el rápido para Irún.

Custodia Cuanto más tarde en decírselo, menos me creerá.

Rosendo Doña Custodia, que yo le juro que no le escribiré más; sea usted piadosa, de rodillas se lo suplico. (*Se arrodilla a sus pies.*) De rodillas se lo pido, primeramente, por ese amor que tiene a su esposo, por ese amor tan grande, por ese amor tan...

(*Diciendo por «ese amor tan grande», salen por la primera izquierda DON NUMERIANO, CINTA, ENCARNACION, AMELIA, RUDESINDA y AMADEO, que, al ver a Rosendo arrodillado delante de Doña Custodia, tendiéndole las manos y diciéndole lo del «amor tan grande», dan un grito de horror.*)

Numer.

¿Qué veo? ¡Miserable! (*Saca un revólver. Rosendo escapa como alma que lleva el diablo por el foro; le sigue Numeriano. Custodia da un grito y cae sin sentido en una silla. Amadeo corre a auxiliarla, y al mismo tiempo se aprovecha que es un gusto. Cinta, Encarnación, Amelia y Rudesinda quedan atemorizadas en un extremo.*)

Cinta

¡Qué hombre! ¡Qué sinvergüenza!

Amelia

¡Qué hombre! ¡Qué osadía!

Encarn.

¡Qué hombre! ¡Qué valor!

Rudesinda

¡Ay... qué hombre!

Amadeo

(*Por Doña Custodia.*) ¡Ay... qué mujer! ¡Qué rica!

(*Aparece por el foro, congestionado y con el revólver en la mano, DON NUMERIANO.*)

Cinta

¡Qué! ¿No le ha matado usted?

Numer.

No me ha dado tiempo de apuntarle. ¡Qué modo de correr! Va a 120 por hora.

Amadeo

(*Al público.*) De algo le había de servir la gasolina.

(*Telón.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Un gran vestíbulo en la planta baja de la casa-fábrica de don Amadeo Gavilán. Gran puerta vidriera al foro que conduce a la terraza, tras cuya barandilla se ven las copas de los árboles del jardín. En la lateral derecha (del actor) gran ventanal con ancha repisa y magnífica reja de hierro labrado. Dos puertas laterales, a la izquierda. Mesita para el teléfono. Otra para el servicio de te. Muebles, Renacimiento español. Zócalo alto de azulejos, viguería y frisos de roble. Gran farol de luz eléctrica en el centro de la escena y pendiente del techo. Es de día. Son las primeras horas de la mañana de un domingo.

(Al levantarse el telón, AMADEO habla por teléfono.)

Amadeo *(Hablando.)* ¿Gobierno civil? ¿Gobierno civil? ¿Es el Gobierno civil?... ¿Se sabe algo por fin del paradero de don Rosendo Palomo?... ¿Cómo? ¿Pero ni vivo ni muerto?... ¿Ni la Guardia civil... ni nadie?... Bueno, bueno, gracias. *(Deja el aparato y viene a escena.)* Pues, señor; ¿dónde estará? ¿Qué le habrá pasado? Porque suicidarse... no; no le creo capaz...

(Por el foro entra DOMITILO. Trae en la mano un botín de los que sacó en el primer acto Rosendo.)

Domitilo *(Entrando y dejándose caer, rendido, en una silla.)* Vengo para fricciónarme las plantas con alcohol de 90 grados. Desde las nueve de la mañana corriendo todo Medina y sus alrededores.

Amadeo *(Con interés.)* ¿Y qué? Supongo que habiendo corrido tanto, tendrás una pista.

- Domitilo** Lo que tengo es un cansancio que me troncho.
- Amadeo** ¿De modo que...?
- Domitilo** Créame usted, don Amadeo. Palomo ha volado al cielo, porque en la tierra, a menos que se lo haya tragado, no está.
- Amadeo** ¿Pero tú has corrido...?
- Domitilo** Más que él cuando lo iba a matar don Numeriano; he llegado hasta los pueblos colindantes, y nadie me ha dado razón de él; he preguntado a los pastores, a los peones camineros, y nada. Lo único que he encontrado es este botín; que si no es de él, por lo menos es muy parecido a los que llevaba.
- Amadeo** A ver, a ver. (*Examinándolo.*) Sí, sí; es suyo... ¿Y dónde lo has encontrado?
- Domitilo** En el puente que cruza el río, a la salida de la carretera; digo yo: ¿si habrá buscado la muerte tirándose al río?
- Amadeo** Pero si está casi seco.
- Domitilo** Sí, pero como don Rosendo era hombre que se ahogaba en poca agua...
- Amadeo** No, no; eso no es posible; lo que sí es seguro, es que huyó por ese lado de la población. (*Por el botín.*) Esto lo indica bien claro. Mira; vas a llegarte al cuartel de la Guardia civil, y al teniente Cerralvo le das de mi parte el botín, y le indicas el sitio donde lo has encontrado: es un detalle que puede ayudarle mucho.
- Domitilo** Bueno. Yo lo que quiero es encontrar al señor Palomo, para que me dé usted la gratificación que me tiene ofrecida.
- Amadeo** ¡Y que será espléndida!
- Domitilo** (*Aparte, entusiasmado.*) ¡Ay! ¡Que ya veo a Generosa con la piel! (*Haciendo mutis.*) ¡Dios mío! ¡Que encuentre a Palomo! (*Hace mutis por el foro.*)
- Amadeo** (*Pasándose preocupado.*) ¿Dónde se habrá metido ese hombre? Y ahora que es cuando más falta me hacía... Porque yo esta noche tengo que cenar fuera de casa... y sabe Dios a la hora que volveré. La Milagros parece ser... Ultimamente me agarraré a lo del cliente... a ver... (*Se registra los bolsillos y saca un papel.*) Sí; aquí está el nombre.
- (*Por el foro entran CINTA, ENCARNACION,*

RUDESINDA y AMALIA. Vienen de misa, con los libros, rosarios, etc.)

Cinta *(Entrando y quitándose el velo.)* ¡Ay, gracias a Dios que nos vemos aquí!

Encarn. ¡Qué sermoncito! Creí que no acababa nunca.

Amelia Cuando predica el padre Gutiérrez, es más ligero.

Rudesinda Y más dulce. Pero este padre Lacomba, es tan exaltado...

Cinta Pero de una exaltación que crispa los nervios. Yo os lo juro: con cualquier otro padre oigo los sermones tan tranquila; pero con Lacomba, estoy que salto.

Encarn. Y qué, ¿se sabe algo por fin del señor Palomo?

Amadeo Nada.

Amelia Es raro, ¿verdad?

Encarn. Y tan raro; porque si Medina fuese un Londres o un París, pero en una población tan pequeña...

Rudesinda ¿Dónde estará metido ese hombre? Tres días ya...

Cinta Yo os lo puedo decir: en el infierno.

Amadeo Cinta; es menester que cejes en ese odio al pobre Rosendo.

Cinta Lo que es menester es que cejes tú en las salidas y en las entradas; con el achaque de que estás haciendo averiguaciones... Anoche eran ya la una y media dadas cuando vinistes... y eso no, Amadeo... Antes que me resultes otro Palomo, hay que cortarte las alas. ¡Y yo te las corto!...

Encarn. Mamá, por Dios, no seas antigua.

Amadeo No, déjala, déjala; si siempre ha tenido ese afán de alicortarme: ahora, que a mí... como todo lo hago a la luz del día... Esta noche, esta noche, no puedo cenar aquí.

Cinta ¿Que no cenas aquí esta noche?

Amadeo Que no ceno, y lo siento; pero ha llegado un antiguo cliente de la casa, *(Mirando a hurtadillas el papel.)* Rovirosa... Segundo Rovirosa, tú es posible que no lo recuerdes, y quiere que cenemos juntos para tratar de un pedido importante... y ya comprenderás...

Cinta *(Con ironía.)* ¿Conque Rovirosa?... ¿Y dónde para ese cliente tuyo?

- Amadeo** En el Hotel Medinense: cuarto número...
(*Mirando el papel a hurtadillas.*) doce.
- Cinta** Doce, ¿verdad? Ahora lo vamos a ver. (*Se dirige al teléfono y llama.*)
- Encarn.** ¿Pero qué vas a hacer, mamá?
- Cinta** Déjame, que yo me entiendo... Oiga, Central... Con el Hotel Medinense.
- Encarn.** ¡Qué locura!
- Rudesinda** ¡Pero doña Cinta!...
- Amadeo** Dejarla... dejarla que se entere... Si yo todo lo hago así... a la luz del día.
- Cinta** (*Hablando por teléfono.*) ¿Es el Hotel Medinense? Aquí, la señora de Gavilán... Sí, sí; la gran fábrica de fideos y pastas para sopa, de Nuestra Señora de la Cinta, especialidad en galletas... No, no se retire... ¿Para ahí un tal Segundo Roviroza?... Cuarto número doce... ¿Que llegó anoche en el exprés?... Muchas gracias... No, no... yo no; era mi esposo el que deseaba... Gracias. (*Cuelga el aparato.*)
- Amadeo** (*Triunfalmente.*) ¿Ves? Ahora debía enfadarme.
- Cinta** Enfádate; pero a mí todas las precauciones me parecen siempre pocas.
(*Por el foro entra DOÑA CUSTODIA, que viene también con el libro de misa, rosario, etcétera. Está ojerosa, pálida y habla demostrando una gran fatiga.*)
- Custodia** (*Desde la puerta*) Buenos días.
- Amelia** }
Rudesinda } Doña Custodia.
- Amadeo** ¡La lotera!
- Custodia** (*Avanzando.*) Ustedes perdonarán... En la iglesia tuve intención de preguntarles... pero no me pareció el lugar más a propósito... (*Con interés y emocionada.*) ¿Se sabe algo de Palomo? No se habrá matado, ¿verdad? ¿Lo encontrarán en seguida? (*Casi ahogándose.*) ¡Ay, Dios mío!
- Cinta** ¡Pero doña Custodia!
- Encarn.** ¿Se pone usted mala?
- Amadeo** (*Acercándose y cogiéndola.*) Siéntese, siéntese. (*La coloca en una silla.*) ¿Quiere usted agua, azahar, bromuro?...
- Custodia** No, gracias... no se molesten. Es que... llevo tres noches sin saber lo que es pegar los ojos,

y... vergüenza me da decirlo; hasta que parezca Palomo, no los pegaré.

Amadeo

(*Aparte.*) ¡Mi madre! Qué efecto le han hecho mis cartas.

Cinta

(*Aparte.*) ¿Será posible que una mujer casada?...

Custodia

Desde la escena que ustedes sorprendieron en la tienda, no vivo, no como, no duermo... Palomo es mi obsesión; ¡que parezca Palomo! ¡Que venga Palomo!

Cinta

(*Aparte a las demás.*) (¡Qué poca vergüenza!) Y lo dice tan fresca...

Custodia

¡Ay! Este dolor mío, esta angustia que me ahoga, esta inquietud que me atormenta no desaparecerán hasta que aparezca ese hombre.

Cinta

¿Pero... tan loca está usted por él?

Custodia

(*Con dignidad.*) ¡Qué dice usted, señora! ¿Yo loca por ese sinvergüenza?...

Cinta

Entonces, no me explico...

Amadeo

Claro que es inexplicable...

Custodia

Por lo visto ustedes no conocen la segunda parte de la tragedia.

Encarn.

¿Qué ha ocurrido?

Custodia

Que el señor La Barrera, ese loco que no debieron soltar nunca, al enterarse de que por culpa de mi marido había desaparecido Rosendo Palomo, se presentó en la lotería con un bastón-escopeta, y apuntándole a mi esposo, le gritó: «Tres días le doy a usted de plazo: si en esos tres días no parece mi futuro yerno, y se queda mi hija por la décimona vez sin casarse, le salto a usted la tapa de los sesos cuando menos se lo espere usted.» Le dió una patada al mostrador, rasgó la lista del sorteo expuesta a la entrada, cogió las dos series del 31.540 y se fué.

Amadeo

¡Qué bruto!

Cinta

¿Qué se puede esperar de un loco?

Custodia

A mi marido le entró tal pánico, que echó a correr diciéndome: «Hasta que parezca Palomo no me ven el pelo a mí.» Y aquí me tienen ustedes, que llevo cerca de setenta horas sin saber de él, y si Palomo no parece, Numeriano no volverá al hogar, y todo esto en vísperas de sorteo.

Amadeo

¿Pero su esposo no le escribe ni por medio de una persona se comunica con usted?

- Custodia** Nada: sé menos de él que de Palomo. Ahora se justificarán ustedes este deseo mío de que Rosendo parezca, de que lo encuentren...
- Encarn.** Claro, vivo o muerto.
- Custodia** (*Con terror.*) No; muerto, no. Si a Palomo lo encuentran muerto, estoy segura que a mi marido lo encontrarían igual.
- Encarn.** ¿Muerto?
- Custodia** Muerto de miedo; porque la venganza de ese loco sería de epopeya. En fin; voy a casa a rezarle a San Antonio tres Padrenuestros y a meterlo debajo de la cama: dicen que así parece lo que se pierde. Si saben ustedes alguna noticia, no dejen, por Dios, de comunicármela.
- Amadeo** Esté usted tranquila; yo mismo iría a su casa.
- Custodia** Queden con Dios y perdonen que...
- Cinta** No faltaba más.
- Custodia** (*Haciendo mutis.*) ¡Ay, Palomo, Palomo! ¿Dónde estás, Palomo?
- Cinta** ¡Qué catástrofe!
- Amadeo** Bueno; nosotros nos vamos.
- Encarn.** ¿No queréis desayunaros conmigo?
- Rudesinda** Ya sabes cómo está mamá; pero en seguida volveremos, y si te parece, daremos una vuelta.
- Encarn.** Hoy, como domingo, estarán todos los hombres en el paseo.
- Amelia** Sí; pero no te hagas ilusiones... los hombres aquí... Si ha muerto Palomo, ya puede decirse que ha muerto con él el amor en Medina del Valle.
- Rudesinda** En seguidita volvemos. (*Hacen mutis por el foro.*)
- Cinta** Y nosotras vamos a tomar algo; que yo estoy que me caigo. ¿Tú no vienes?
- Amadeo** Claro que sí...
- Cinta** Muy preocupado estás tú; me parece a mí...
- Amadeo** ¡Ah! ¿Te parece que no es para preocuparme la desaparición de Rosendo?... Figúrate que...
(*Hacen mutis por la primera izquierda. Hay un momento de pausa. Por el foro aparece LA BARRERA, que trae casi arrastrando a ROSENDO, que viene en un estado de lo más lamentable: un botín menos, el otro puesto al revés, la corbata deshecha, el cuello sal-*

tado, el abrigo lleno de barro, etc., etc. Todos los detalles que crea convenientes el actor.)

Barrera *(Tirando de Rosendo.)* Ya te he dicho que no tengas miedo: el que ponga la mano en ti, que se haga cuenta que la ha puesto en un cable del tranvía: lo electrocuta.

Rosendo Pero si es que don Numeriano...

Barrera Don Numeriano está advertido, y si osa siquiera mirarte... como te mire nada más, le tienen que operar la conjuntivitis. ¡Eres inviolable, Rosendo! Estás bajo el amparo de tu padre político.

Rosendo ¡Mi madre!

Barrera Tu padre.

Rosendo Si digo ¡mi madre! Qué tragedias me busco yo por este carácter mío; porque aquí, en confianza, lo de la lotera...

Barrera *(Sin dejarle acabar.)* No hablemos de eso. Conmigo no tienes que excusarte. Hasta que os echen las bendiciones, yo no tengo derecho a condenar tus galanteos.

Rosendo Bueno; pero es que lo de la lotera...

Barrera *(Sin dejarle acabar.)* Lo de Custodia es explicable y disculpable; porque aquí, para internos, la tal lotera está para una aproximación. La Custodia siempre ha tenido fama de hermosa; pero de unos años a esta parte se ha puesto...

Rosendo Pero si es que no me dieron tiempo para explicarme: claro, me cogieron arrodillado delante de la Custodia, y creyeron... Yo quise decirles: «Que están ustedes equivocados; que la Custodia para mí es sagrada.» Pero sí, sí... Si me detengo a emitir un monosílabo, a estas horas tengo la masa encefálica en un frasco de alcohol.

Barrera Bueno; no hablemos más del pasado, y al presente: serénate, tranquilízate, cepíllate, y una vez que hables con don Amadeo, vendré por ti para eso de los documentos. Yo voy a tranquilizar a Rosalinda... La pobre está con una inquietud que se le siente el corazón desde el portal... Con que hasta dentro de un momento, y no tengas miedo; para arañarte nada más, sería preciso que se reunieran el Cid, Rodrigo de Vivar, Gonzalo Fernández de Córdoba y Zumalacarregui... y ni aun así... *(Hace mutis por el foro.)*

Rosendo Bueno; este Barrera es para mí una especie de chaleco salvavidas. ¡Qué tío! ¡Y qué pánico le tiene todo el mundo aquí en Medina!... Ahora; lo de que su hija tenga por mí esos ruidos cardíacos, eso, la ausculto y no lo creo; porque yo no la he visto más que una vez y dió la casualidad de que era martes de Carnaval, y casi no me fijé; pero debía llevar careta, porque yo recuerdo una nariz de esas de bulldog, unos ojos saltones y una boca de esas que la tuercen para un lado y se muerde el pendiente... Sin duda iba disfrazada...

(Por la izquierda sale AMADEO.)

Amadeo ¿Pero qué veo? ¿Tú? ¿Eres tú?

Rosendo ¡Ego sum!

Amadeo ¿Pero de dónde sales? ¿Dónde has estado, que has tenido en jaque a toda la Policía y a toda la Guardia civil de Medina? Habla, cuenta.

Rosendo ¿Qué quieres que te cuente?... Cuando salí de la tienda perseguido por don Numeriano, lo que llevaba detrás no eran dos faldones del chaqué, eran dos cilindros sin válvulas. Atravesé la población, vadeé el río, llegué al campo, distinguí una cerca... una cerca que estaba lejos. Hacia ella sigó corriendo, jadeante, sudoroso, con la lengua fuera, que me tocaba con ella el pasador del cuello. Por fin llegué... una tapia, la escalo; un corral, me dejo caer; una gallina, la aplasto; los oídos que me zumban, la vista que se me nubla, el sudor que me baña y el sentido que me abandona.

Amadeo ¡Recolapso!

Rosendo Había caído en el corral de la casa que Rosa la guardabarrera tiene cerca de la segunda caseta de la vía. Cuando levanté los cierres de mis ojos, Rosa estaba a mi derecha; a la izquierda, un gallo picoteaba en la cinta del borsalino, y al ver a una y a otro, me eché a temblar, porque pensé: La Rosa, el Gallo... Esto es otra corrida, y yo ya no puedo correr más...

Amadeo ¡Pobre Rosendo!

Rosendo ¡Y que lo digas! Allí, en la caseta de la vía, he estado setenta y tantas horas escondido, pensando la manera de huir a Rusia y hacer-

me carbonario antes que aquí me hicieran cisco, cuando me encontró La Barrera.

Amadeo ¡Ah! ¿Pero el que te ha encontrado ha sido el loco?

Rosendo El loco, y él me ha traído aquí; el loco y el que me va a volver loco, el loco.

Amadeo Pues no sabes la falta que me estás haciendo, porque esta noche tengo una combinación...

Rosendo ¡No, por Dios, Amadeo; más aventuras, no!

Amadeo No; si ésta la he podido salvar sin necesidad de tu ayuda... Como no parecías, he inventado una cena con un antiguo cliente de la casa, un tal don Segundo Rovirosa.

Rosendo Que no existirá.

Amadeo Existe, y para en el Hotel Medinense, cuarto número 12. Esta mañana tuve necesidad de ir al Hotel y leí en la lista de los recién llegados: «Segundo Rovirosa, cuarto número 12», y me dije: ya tengo al cliente. Cinta ha preguntado por teléfono, y, claro, como efectivamente ha llegado y para allí, pues ha caído como una infeliz. Ahora que esto de los clientes no da más que para una vez: lo tuyo es más sólido.

Rosendo Pero es que yo ya no puedo más.

Amadeo ¿Cómo? ¿Te niegas?

Rosendo No es que me niegue... Es que... Considera que...

Amadeo (*Indignado.*) Basta. ¿Ese es el pago a los sacrificios que yo he hecho por ti? ¿Esta es la manera de agradecer el que te haya sacado de la miseria para darte un puesto en mi casa, que te haya hecho una aureola de contador cuando no sabes siquiera lo que es un número primo?...

Rosendo ¡Que yo no sé lo que es un primo!...

Amadeo No; no sabes nada; no sabes más que pagar con una ingratitud todo el bien que te he hecho... Por supuesto, que bien empleado me está.

Rosendo Amadeo, Amadeo, no hables así, que soy capaz de ir a la lotería y sentarme en el mostrador: yo te he hecho una súplica tímida, cariñosa, porque hay que ver el cartelito que me estoy haciendo en Medina.

Amadeo Pero es que tú eres un hombre soltero, libre, y no te perjudica.

- Rosendo** ¿Que no me perjudica? Pues si no estoy listo el otro día, a estas horas se ha cantado un Tedéum por el eterno descanso de mi alma.
- Amadeo** Sí, claro que tienes algunas contras; pero, en cambio, has inspirado una curiosidad y te has hecho tan interesante...
- Rosendo** ¿Tú crees...?
- Amadeo** Yo sé de mujeres que se matarían por ti.
- Rosendo** Lo malo es que me maten a mí por ellas.
- Amadeo** No tengas miedo: cada aventura tuya te hace más deseable; eres el hombre de moda; cuando te digo que este favor que me haces va a redundar en beneficio tuyo... ¿Tú ves las conquistas que yo hago? Pues más vas a hacer tú, y sin buscarlas...
- Rosendo** No lo creo. ¡Claro que me gustaría!... Porque al fin y al cabo, del mismo barro que hicieron a Adán me han hecho a mí; pero yo no sé decirle a una mujer nada: no tengo carácter.
- Amadeo** Si es que te lo dirán ellas. Si es que... ¡Calla, que vienen!
- (Por la primera izquierda salen ENCARNACION y CINTA.)*
- Encarn.** Tardan en volver las de Cordón... ¿Pero es usted?
- Cinta** *(Viéndole.)* ¡Palomo!
- Amadeo** El mismo. Ahí le tenéis. Ya pareció.
- Encarn.** ¿Pero dónde ha estado usted metido?
- Amadeo** ¡No preguntárselo!
- Rosendo** No me lo pregunten ustedes.
- Amadeo** Todos nos creímos que huía de miedo, ¿verdad?
- Cinta** ¿De miedo? ¡De pánico!
- Amadeo** Pues no, señor.
- Rosendo** Pues no, señor.
- Amadeo** Huyó cerca de otra aventura, ¿verdad?
- Rosendo** Cerca, sí; pero no tan cerca.
- Amadeo** Y cuando todos suponíamos que estaba corriendo o escondido, él descansaba en brazos del amor. ¡Este Rosendo es muy grande!
- Rosendo** Un rascacielos.
- Cinta** Pues más que de una aventura galante, parece que viene usted de un corral.
- Rosendo** *(A Amadeo.)* Yo voy a cantar la gallina.
- Amadeo** *(Aparte, a él.)* No seas animal y date im-

portancia. (*Alto.*) Con que de un corral, ¿eh?
¿Qué te parece, Rosendo?

Rosendo (*Riendo forzadamente.*) Sí, sí... Si yo hablase de eso del corral, otro gallo me cantara.
(*Entran por el foro, con una gran alegría, AMELIA y RUDESINDA.*)

Amelia (*Agitada.*) Qué, ¿ha llegado la noticia?

Rudesinda ¿Lo saben ustedes?

Amelia (*Al ver a Palomo.*) Pero cómo; ¿ha parecido usted ya?

Rosendo Sí; pero no me preguntén nada.

Encarn. ¿Pero la noticia a que os referiais no era la del señor Palomo?

Amelia ¡Es una sensacional!

Rudesinda ¡Estupenda!

Amelia ¿Pero no estáis suscritas al «Eco de Medina»?

Amadeo Sí; pero hoy, preocupados con lo de Palomo, ni siquiera le hemos ojeado... Por ahí andará.

Cinta Bueno, ¿pero, qué pasá?

Rosendo ¡Que dará la noticia de mi muerte, como si lo viera!

Amelia ¿De su muerte? Al contrario, porque para usted va a ser una alegría inmensa.

Amadeo ¡Acabar de una vez!

Rudesinda Pues que don Servando, el empresario del Nuevo Salón Japonés, que dicen que se ha gastado un dineral, para darle una gran solemnidad a la inauguración ha contratado a «La Sulamita».

Rosendo (*Aterrado.*) ¡A «La Sulamita»!

Amelia Mañana debuta. Ahora estaban pegando unas tiras enormes. Es la comidilla de todo Medina. ¡No va a quedar ni una localidad!

Rudesinda ¡Como la otra vez que estuvo gustó tanto!...

Encarn. Ya puedes encargarte un palco, papá, que yo no me quedo sin verla...

Amadeo Descuida, que yo mismo en persona iré...

Amelia (*A Rosendo.*) ¿Qué? ¿Era buena la noticia para usted o no lo era?

Rosendo (*Aterrado.*) ¡Estupenda!

Encarn. ¿Va usted a recordar aquéllos inolvidables días de pasión?...

Rosendo De pasión, sí, señorita.

Rudesinda ¡Y que viene por una semana!

Rosendo ¡De pasión!

Cinta (*A ellas.*) ¿Vosotras también iréis a verla?

Amelia El caso es que como mamá está así...

- Rudesinda** Solas... no parece bien.
- Encarn.** Podéis venir a nuestro palco, ¿verdad mamá?
- Cinta** A no ser que tu padre... pero, no; supongo que no iremos más que...
(*Forman grupo hablando las cuatro.*)
- Rosendo** (*A parte, a Amadeo.*) Oye, dame dinero para un kilométrico, que en el primer tren que pase me voy a Hendaya.
- Amadeo** No seas imbécil.
- Rosendo** Pero, Amadeo, por Dios, que hace tres días no se habla en todo Medina más que de mis inolvidables días de pasión con «La Sulamita», y si ahora se enteran que es una farsa, me van a sacar en coplas.
- Amadeo** Pero, ¿por quién se van a enterar?
- Rosendo** Vete tú a saber; a lo mejor una indiscreción, uno de los despechados que se lo dice... No, no; yo me voy.
- Amadeo** Tú te quedas, porque ahora, con la llegada de esa mujer, tu figura sube a las nubes.
- Rosendo** Es que si yo tuviese la seguridad de quedarme allí...; pero, como baje...
(*Por el foro entra ENRIQUE.*)
- Enrique** (*Desde la puerta.*) ¿Se puede?
- Encarn.** ¡Adelante, amigo Enrique! Ayer le estuvimos esperando todo el día...
- Cinta** ¿Ha estado usted malo?
- Enrique** No, estuve ocupado... (*Al ver a Rosendo.*)
Cómo, ¿ha parecido usted ya?
- Rosendo** Sí; pero no me pregunte usted nada.
- Encarn.** De modo que ocupado...
- Enrique** Preparando mi viaje...
- Encarn.** ¿Su viaje?
- Cinta** ¿Pero no traía usted dos meses de licencia?
- Enrique** Es que... marchó a Madrid.
- Encarn.** ¡Ah, vamos! ¿Le aburre a usted Medina del Valle?
- Enrique** ¡Enormemente!
- Encarn.** Muchas gracias...
- Enrique** No, no; conste que si hay algo en Medina que me sea grato es usted y su familia...
- Amelia** Muchas gracias.
- Enrique** Y ustedes también... ahora que... (*Azorado.*)
Bueno, yo desearía antes de partir hablar con usted dos palabras, si es posible.
- Encarn.** ¿Por qué no? (*A Cinta.*) ¿Queréis dejarme un momento? Y vosotros, pasar ahí con mamá; y tú, papá...

- Amadeo** Sí, sí; precisamente tengo que hablar con éste; hay tres días sin hacer balance...
- Cinta** Pues si no nos vemos...
- Enrique** No, eso, no; antes de marcharme vendría a despedirme.
- Cinta** Entonces hasta más ver.
(*Hacen mutis todos por la primera izquierda. Quedan solos en escena ENCARNACION y ENRIQUE.*)
- Encarn.** (*Indicándole a Enrique que tome asiento y sentándose ella.*) Bueno, usted dirá.
- Enrique** Chón; antes he dicho que Medina me aburría, y no he acertado con la palabra. Medina lo que hace es desesperarme.
- Encarn.** (*Riendo.*) ¡Por Dios!
- Enrique** Lo que usted oye; esto no es una capital de tercer orden; esto es un pueblo de lo más pueblo, y que me perdonen los pueblos. ¿Pero qué le ha ocurrido para esa indignación? Medina es muy bonito.
- Encarn.** ¿Pero qué le ha ocurrido para esa indignación? Medina es muy bonito.
- Enrique** Para Rosendo Palomo.
- Encarn.** Muy alegre.
- Enrique** Para Palomo.
- Encarn.** Tiene unas afueras bastante pintorescas.
- Enrique** Para Rosendo.
- Encarn.** Y si no todas, por lo menos un puñado de muchachas bonitas.
- Enrique** Para Palomo.
- Encarn.** Deje usted ahora al señor Palomo, que nada tiene que ver en nuestra conversación.
- Enrique** ¿Cómo que no? Pues si precisamente lo que me desespera es eso. Entro en la barbería y no se habla más que de Palomo, de la última aventura de Palomo; voy al café, y no se discute más que si Palomo ha hecho o Palomo ha dejado de hacer, y en el paseo, Palomo, y en la fonda, Palomo; es mucho Palomo ya.
- Encarn.** (*Riendo.*) ¿Y es eso lo que le desespera a usted?
- Enrique** Lo que me desespera es que usted, educada en otro ambiente, que debe mirar a la vida desde un plano muy superior al de estos provincianos, caiga también en la admiración que levanta ese don Juan de vía estrecha.
- Encarn.** ¡Ah! ¿Usted cree que yo siento admiración por Palomo?

- Enrique** No he venido una vez a esta casa que no haya estado usted comentando alguna hazaña del burlador de Medina.
- Encarn.** Por curiosidad.
- Enrique** O por simpatía.
- Encarn.** Según eso, usted me cree capaz de enamorarme de Rosendo.
- Enrique** Enamorarse, no lo creo. Además, que el tal Palomo será todo lo don Juan que Medina quiera que sea; pero yo estoy seguro que en el «carnet» de sus conquistas no hay más que criadas y alguna que otra jamona de esas que aceptan lo que sea con tal de que lo que sea se parezca a un hombre.
- Encarn.** Exactamente igual pensaba yo; pero me he equivocado.
- Enrique** ¿Que se ha equivocado usted?
- Encarn.** De raíz, y esa es la causa de la... no encuentro la palabra... ¿curiosidad? Bueno, pongamos curiosidad, que siento por ese hombre.
- Enrique** ¿Pero usted cree al señor Palomo capaz de intranquilizar siquiera a una mujer que sea tal mujer?
- Encarn.** Por lo menos sé de una, cuya fama de elegancia y hermosura llena España entera, que añora los enloquecedores días de pasión que pasó junto a él no hace mucho.
- Enrique** ¿Se burla?
- Encarn.** Me conoce usted lo bastante para no suponerlo.
- Enrique** ¿Y se puede saber quién es esa deidad que se dejó herir por las flechas de este Cupido con botines?
- Encarn.** (*Acercándose a la mesa y sacando la postal.*) Ahí la tiene usted. (*Cogiendo el retrato.*)
- Enrique** ¡La Sulamita!
- Encarn.** ¡La Sulamita!
- Enrique** ¡Es increíble!
- Encarn.** Lea usted la dedicatoria.
- Enrique** Sí, sí; ahora me explico su... curiosidad. La Sulamita no es mujer a la que se rinde así como así. Indudablemente este Palomo debe tener un arrullo especial... o una gracia oculta...
- Encarn.** O las dos cosas juntas.
- Enrique** (*Con ironía.*) Pues cuando lo haya averigua-

do, si no he partido para Londres, ya me lo dirá usted.

Encarn. (*Sonríe.*) ¿Está usted celoso de Palomo?

Enrique Estoy... avergonzado. He ahí una persona que para ser un don Juan le falta la gallardía y la apostura; para ser un Cyrano, la nariz y la elocuencia, y, sin embargo, rinde bellezas españolas y preocupa a muchachas de tan buen sentido como una que fué amiga mía en Londres... Le vuelvo a repetir que estoy avergonzado.

Encarn. (*Sonriendo.*) ¿Por qué no suspende usted el viaje hasta que seamos dueños de ese arcano?

Enrique Si usted me lo manda...

Encarn. Si no es un sacrificio... Como este Medina es tan desesperante...

Enrique (*Un poco emocionado.*) ¡Chón!...

Encarn. Perdone; pero ya ha visto usted que tengo ahí a mis amigas y no sería correcto hacerles esperar demasiado... De todos modos, si se decide a abandonarnos, confío en que nos hará la visita de despedida.

Enrique También usted me conoce para tener la seguridad de que vendría...

Encarn. Pues hasta luego.

Enrique Hasta luego.

(*Encarnación hace mutis por la primera izquierda. Enrique la ve alejarse y se dirige al foro. Al llegar a la puerta, aparece DOMITILLO, seguido de SEGUNDO, de unos treinta años.*)

Domitilo Pase usted, que voy a avisar al señor. Lo que es lo que yo descanse hoy... (*Mutis primera izquierda.*)

Segundo (*Fijándose en Enrique.*) ¡Enrique!

Enrique (*Idem.*) ¡Segundo! (*Se abrazan.*)

Segundo Pero, chico, ¿cómo tú por estas tierras de Medina del Valle? Yo te hacía en Londres.

Enrique Y allí me tienes, efectivamente; pero logré un permiso de dos meses, y...

Segundo No me digas más; tu estancia aquí obedece a una aventura amorosa, como si lo viera.

Enrique Aventura... La hija de los dueños de esta casa, amiga mía de Londres, donde se ha educado; me gusta bastante, por qué te lo he de negar; y a ti, ¿qué te trae por esta casa?

Segundo Pues por esta casa no lo sé.

- Enrique** ¿Que no lo sabes?
Segundo Me han dicho en el hotel que el señor Gavilán, dueño de la fábrica de fideos «Nuestra Señora de la Cinta», había preguntado por mí por teléfono, al parecer con gran interés...
- Enrique** Y tú, ¿no le conoces?
Segundo En absoluto.
- Enrique** ¡Es raro! A no ser que el negocio que te traiga por aquí...
Segundo No lo creo, porque a mí como a ti me trae el amor...
- Enrique** ¡Hola; aventurilla tenemos!
Segundo Sí, aventurilla, delirio, enajenamiento... Estoy loco, querido Enrique, loco...
- Enrique** ¿Y se trata de una medinense?
Segundo (*Casi ofendido.*) ¡Hombre, por Dios!... Se trata de...; pero, en fin, para qué te voy a elogiar si tú debes conocerla, por lo menos de nombre: se trata de La Sulamita.
- Enrique** ¿La Sulamita?
Segundo Sí; qué, ¿te sorprende?
Enrique No, nada; pero ten cuidado, porque aquí en Medina tienes un rival peligrosísimo.
- Segundo** (*Riendo.*) ¿Aquí en Medina? Sigues tan jovial como siempre, querido Enrique.
- Enrique** ¡Ah! ¿Lo dudas? (*Cogiendo el retrato de encima del velador.*) Pues mira. (*Se lo da.*)
Segundo ¿Eh? ¿Qué es esto?
Enrique Lee, lee.
Segundo (*Leyendo.*) «A mi inolvidable Rosendo. Recuerdo de nuestros enloquecedores días de pasión en Medina.»
- Enrique** (*Con aire de triunfo.*) ¿Eh? Es un rival o no es un rival.
Segundo (*Loco.*) Es una infamia.
Enrique Chico, no creí que lo tomases tan en serio... Agua pasada...
Segundo (*Loco.*) Pero si es que no puede ser; si es que lo leo y no lo creo, porque para que lo sepas, Aurora Martínez, «La Sulamita», es novia mía; pero lo que se dice novia.
- Enrique** ¿Novia?
Segundo Para casarme con ella, tú verás; su historia no puede ser más limpia; jamás se ha separado de su madre... así es que esta traición...

- Enrique** Si me lo llevo a suponer, cualquier día te digo...
- Segundo** (*Leyendo indignado.*) «A mi inolvidable Rosendo...» Este retrato me va a servir...
- Enrique** (*Arrebatándoselo y guardándolo.*) Este retrato no te va a servir para nada. Comprende que yo, abusando de la confianza que aquí me han concedido, me he tomado una libertad que no debí tomarme.
- Segundo** Pues bien, al menos dime quién es ese Rosendo.
- Enrique** Un íntimo del señor Gavilán, y además, cajero-contador; el alma de la fábrica; ahí dentro está.
- Segundo** (*Decidido.*) Está bien. Amigo Enrique, voy a suplicarte, has oído, a suplicarte un favor, en nombre de nuestra fraternal amistad.
- Enrique** Tú dirás.
- Segundo** Que te llegues al Hotel Medinense, preguntes por Aurora Martínez y le des esta tarjeta. (*Le da una tarjeta.*) Le suplicas, en mi nombre, que te acompañe, pero sin la madre, y la traes aquí.
- Enrique** Pero...
- Segundo** ¿Quieres que te lo vuelva a suplicar otra vez?
- Enrique** (*Aparte.*) Después de todo quizá aclaremos así, ese arcano que tanto preocupa a Chón.
- Segundo** Anda, anda pronto.
- Enrique** Volando. (*Hace mutis por el foro.*)
- Segundo** (*Nervioso.*) «A mi inolvidable Rosendo...» Ahora me explico su interés en aceptar este contrato... No, no era sueldo lo que la atraía... Era... Ahora no podrá repetirme que soy un celoso insoportable... que nunca tengo motivos, que...
- (*Por la izquierda salen AMADEO y ROSENDO.*)
- Amadeo** (*Saludando.*) Caballero...
- Segundo** (*Idem.*) Señor mío.
- Amadeo** Usted dirá qué desea...
- Segundo** ¿Es usted el señor Gavilán?
- Amadeo** Gavilán soy.
- Segundo** Entonces el que tiene que decirme lo que desea es usted. Hace poco me ha llamado por teléfono al hotel... Soy el señor Rovirosa.
- Amadeo** ¡Segundo Rovirosa! Cuarto número 12.

- Segundo** Exacto.
- Rosendo** (*Aparte, a Amadeo.*) ¡Echalo, no vaya a salir tu mujer!
- Amadeo** (*Aparte a Rosendo.*) No tengas cuidado; ahora verás... (*Alto.*) Pues bien, amigo Rovirosa... ¿Usted me permitirá que le llame amigo?
- Segundo** Puede usted hacer lo que guste.
- Amadeo** Le he llamado por teléfono, y no le he llamado. ¡Qué demonio! Usted es hombre, y se dará cuenta en seguida.
- Segundo** Sí, vamos; ha tomado usted mi nombre para justificarse de...
- Amadeo** Una cena...
- Segundo** Tiene usted una cena amorosa en perspectiva y...
- Amadeo** Yo, no...; éste... (*Señalando a Rosendo.*)
- Rosendo** (*Aparte.*) Oye, tú...
- Amadeo** Cállate, hombre; si en ti no choca.
- Segundo** ¿De modo que el señor?
- Amadeo** (*Representándole.*) Rosendo Palomo, cajero-contador; alma de esta fábrica, que pongo a la disposición de usted.
- Segundo** ¡Hola, hola! ¿Con que este señor es Rosendo Palomo?
- Rosendo** Servidor de usted.
- Segundo** Pues no sabe usted los deseos que tenía de conocerle.
- Rosendo** ¡A mí!...
- Segundo** Desde que he llegado a Medina no oigo hablar más que de sus conquistas.
- Rosendo** (*Aparte, a Amadeo.*) ¿Lo ves? ¡Hasta los forasteros! Yo me voy.
- Amadeo** (*Idem.*) No seas idiota. Date importancia.
- Segundo** Por lo visto en eso de vencer corazones es usted un monumento.
- Amadeo** (*Aparte.*) Date importancia.
- Rosendo** ¡Phs! Siempre se exagera. Tuve, tengo y tendré aventurillas galantes como cada hijo de vecino; pero, créame usted, que no es cosa de voltear las campanas.
- Amadeo** Diga usted que aquí en Medina es el hombre de moda.
- Segundo** En Medina y fuera de Medina, porque, según tengo entendido, ha enloquecido por él una mujer hermosísima.
- Amadeo** (*Aparte.*) Adopta una postura.
- Rosendo** (*Cogiendo una postura ridícula.*) Hermosísi-

ma, dice usted... No recuerdo... Como las he tenido múltiples...

Segundo Me refiero a La Sulamita.

Rosendo ¡La Sulamita!

Amadeo ¿Qué oigo? ¿Con que también La Sulamita?

¿Y lo tenías tan callado?... (*Aparte.*) Aprieta en lo de la importancia.

Rosendo ¡Phs! No me gusta vociferar mis triunfos. En materia de amores soy partidario de la máxima que dice «mátalas callando».

Amadeo Ahora que éste las mata callando y corriendo.

Rosendo Pero corriendo una barbaridad!...

Segundo Y, por lo visto, llegó usted a enloquecer a La Sulamita.

Rosendo Tanto como enloquecerla... Atontolarla, no le digo a usted que no...

Segundo Pues ya puede usted darse importancia, porque esa mujer tiene fama de ser inabordable.

Rosendo Menudo pirata estoy hecho yo.

Segundo Y, por lo visto, el atontolinamiento ha sido muy íntimo, ¿verdad?

Rosendo ¡Phs!

Segundo Conmigo puede usted hablar con confianza. Ya lo ha dicho aquí el señor Gavilán. Entre hombres...

Rosendo Pero, ¿qué quieren ustedes que les diga? Que la vi, que la asaeté, que acerté a herirla en el corazón, y ya pueden ustedes suponer lo que es una señora herida en la víscera cardíaca.

Segundo (*Dejando la ironía y en serio.*) Estimo en lo que vale su discreción; pero le exijo que me diga toda la verdad.

Amadeo Pero usted, ¿con qué derecho nos pregunta?...

Segundo Soy el novio de esa señorita, con la que iba a casarme el mes que viene.

Rosendo (*Dando un salto.*) ¡Rehimeneo! (*A Amadeo.*)

Oye, tú, dame para el kilométrico.

Segundo Usted comprenderá; que, habiendo sido el amante de ella...

Rosendo Poco a poco; yo no he dicho a usted que... el atontolinamiento no significa...

Segundo (*Con furia.*) Basta. Cuando se vea usted cara a cara con ella, surgirá toda la verdad.

Rosendo ¡Ah!, ¿pero es que va a venir?

Segundo Y me extraña su tardanza. ¿Le habrá descu-

- bierto Enrique el motivo?... Estoy que salto. Caballero, le ruego que me espere.
- Rosendo** Pero si es que...
- Segundo** Cuestión de minutos: (*Hace mutis corriendo por el foro.*)
- Rosendo** (*Medio loco.*) Vaya, que no, que no; que tú me das ahora para un kilométrico y para un surtido de tres pesetas, y me voy a la estación.
- Amadeo** Te ahogas en un vaso de agua.
- Rosendo** Que no, Amadeo, que no es un vaso de agua, que es un mar y que va a ser el mar muerto, porque ahora viene esa señorita, ¡y... figúrate!, lo menos que puede hacer es quitarse la aguja del sombrero y clavármela en la nuca.
- Amadeo** No chilles, por Dios.
- Rosendo** (*Decidido.*) Basta ya de sacarme la raya en los pantalones, de sacarme la raya en la cabeza, de perfumes, de cigarrillos egipcios...; hora es que tenga carácter... No, no y no.
- Amadeo** (*Desesperado, cogiéndolo por el cuello.*) O te callas, o por la salud de mi hija que te estrangulo.
- Rosendo** Amadeo, por Dios... no aprietes.
- Amadeo** Calla.
- Rosendo** No aprietes, que no saco la lengua por que no creas que te hago una burla.
- Amadeo** (*Soltándole.*) Está bien; chilla lo que quieras, descúbreme, delátame, sepárame de mi mujer, de mi hija...; echa abajo este hogar.
- Rosendo** (*Cediendo.*) Pero, Amadeo, si es que...
- Amadeo** No, no tienes necesidad de decirlo, lo diré yo, lo confesaré yo; ya puedes quedarte... ya puedes estar tranquilo...
- Rosendo** (*Timidamente.*) Si yo no te quería decir eso... si yo quería indicarte...
- Amadeo** Déjame; ahora mismo voy a decirles la verdad a mi mujer, a mi hija... a todo el mundo... Tú me obligas... tú lo quieres... sea... (*Haciendo mutis por la primera izquierda.*)
- Rosendo** (*Siguiéndole, suplicante.*) No seas loco, Amadeo... que yo no quiero nada... que yo soy lo que tú quieras.
- (*Por el foro entran AURORA MARTINEZ, LA SULAMITA, joven, guapa, elegante, y ENRIQUE.*)

- Enrique** Pase usted, pase usted.
- Aurora** ¿Pero es que vamos a hacer una película?
- Enrique** ¿Una película?
- Aurora** ¡Claro! Llega usted con una gran prisa al hotel, me presenta una tarjeta de mi novio, en la que me ruega que le siga a usted; llegamos a una casa que no conozco, atravesamos un jardín... nadie...; llegamos a esta habitación... nadie; le pregunto a usted de qué se trata... y silencio... Ahora no falta más sino que aparezca Fantomas por una de esas puertas, y, apuntándonos con una browning, nos grite: «Manos arriba...» Yo caigo desmayada, usted huye, y fin de la primera parte.
- Enrique** Estamos en casa de don Amadeo Gavilán, fabricante de fideos y pastas para sopa.
- Aurora** Muy señor mío, al que no tengo el gusto de conocer; pero, ¿y Segundo? ¿No es aquí dónde me esperaba?
- Enrique** Aquí era y me extraña que... (*Mirando a todos lados.*)
- Aurora** No estando él... (*Va a marcharse.*)
- Enrique** Pero, ¿cómo? ¿Se marcha?
- Aurora** Usted comprenderá que no estando él...
- Enrique** Espere usted un minuto.
- Aurora** No estando Segundo...
- Enrique** Un segundo... se trata de un asunto muy grave.
- Aurora** ¡Me intriga usted!... ¿Qué asunto puede ser?... Hable, se lo suplico...
- Enrique** Mi amigo Segundo cree... teme... sospecha...
- Aurora** (*Riendo.*) ¡Ah, vamos!... ¿A que lo acertó?... Celos, ¿verdad?
- Enrique** Sí, señorita; celos.
- Aurora** Es insoportable.
- Enrique** En otras ocasiones no le digo a usted que no; pero en ésta... (*Titubeando.*) en ésta tiene razón.
- Aurora** (*Ofendida.*) ¡Caballero!
- Enrique** Perdóneme usted... No soy yo quien lo dice... lo dice toda la población.
- Aurora** ¿Y qué dice la población?...
- Enrique** Dice... Y esto es lo que ha llegado a oídos de Segundo, que la otra vez que actuó usted aquí...
- Aurora** ¿Qué? Acabe.

- Enrique** Se enamoró usted locamente de un tal Rosendo Palomo, cajero de esta casa.
- Aurora** ¿Y quién ha dicho semejante tontería?
- Enrique** La población y... usted.
- Aurora** (*Sorprendida.*) ¿Yo?
- Enrique** Usted en este retrato, que también ha visto Segundo.
- Aurora** Un retrato mío... ¿A ver?... ¿A ver?...
- Enrique** (*Dándoselo.*) Lea usted la dedicatoria.
- Aurora** (*Leyendo.*) «A mi inolvidable Rosendo...»
(*Asombrada.*) ¿Eh? (*Continúa leyendo.*) «Recuerdo de nuestros enloquecedores días de pasión, en Medina...» ¡Y qué bien imitada; ésta es mi letra!
- Enrique** ¿Pero no es de usted?...
- Aurora** A mí no se me hubiese ocurrido escribir semejante cursilería.
- Enrique** Entonces, ¿ese Tenorio de Medina...?
- Aurora** Necesitaba sumar a sus conquistas una figura de algún relieve, una mujer conocida en el mundo artístico, y me ha escogido a mí como pudo haber escogido a otra. Estoy segura.
- Enrique** A usted, por haber actuado aquí hace poco...
¡Cuando yo le decía a Chón, que lo más, lo más, criadas y jamonas!...
- Aurora** ¿Qué dice usted?
- Enrique** No, nada; una conversación que hace un momento he sostenido con la hija del dueño de esta casa respecto a sus amores con el señor Palomo... ¡Es curioso! ¡Y ese hombre ha estado a punto de alejarme de Medina!... Ahora mismo voy...
- Aurora** (*Deteniéndole.*) No... le suplico que no haga nada... Que me deje a mí...
- Enrique** ¡Ah! ¿Quiere usted?
- Aurora** Quiero curar a mi novio de sus inoportunos celos... Ver si de una vez tiene en mí la confianza que yo me merezco, y para eso se me ha ocurrido...
- Enrique** (*Viendo entrar a SEGUNDO.*) Aquí está.
- Segundo** (*Entrando agitado y nervioso por el foro.*)
¡Ah, gracias a Dios!... Me has hecho ir al hotel...
- Aurora** ¿Pero qué te pasa, hombre? ¿Quieres explicarme por qué y para qué me has hecho venir a esta casa?

- Segundo** (*Nervioso.*) Ahora mismo. Enrique, hazme el favor de avisar a los señores...
- Enrique** Aquí sale toda la familia.
- Segundo** Mejor... Así será más pública mi venganza. (*Por la izquierda salen CINTA, ENCARNACION, AMELIA, RUDESINDA, AMADEO y ROSENDO.*)
- Encarn.** ¿Quedamos en que venís con nosotras al palco?
- Amelia** Ya que te empeñas...
- Encarn.** Pero, cómo, ¿aún está usted aquí?
- Enrique** He vuelto hace un momento para tomarme la libertad de hacerles una presentación muy del momento. La señorita Aurora Martínez, conocida en el mundo artístico por La Sulamita.
- Encarn.** }
Amelia }
Rudesinda } ¡La Sulamita!
Cinta }
Enrique (*Presentando a Segundo.*) Su prometido, mi íntimo amigo Segundo Roviroso.
- Cinta** (*A Amadeo.*) ¿Tu cliente?
- Amadeo** Su hijo.
- Aurora** (*Saludando.*) Señores...
- Segundo** Celebro que estén ustedes reunidos y que sean testigos de lo que va a ocurrir, porque de esta presentación depende la vida de dos hombres.
- Rosendo** (*Al público.*) Uno de esos hombres soy yo.
- Segundo** Señor don Rosendo Palomo: hace un momento, delante del señor Gavilán, me habló usted de sus amores con esta señorita, envaneciéndose de su triunfo y hasta recordándolo compasivamente.
- Rosendo** Le diré a usted.
- Segundo** (*Furioso.*) Déjeme acabar. Después, al saber que yo era su prometido, lo negó... Pues bien, ya están ustedes frente a frente; ¿insiste usted en negarlo?
- Rosendo** Insisto.
- Rudesinda** ¡Qué, caballero!
- Cinta** ¡No la quiere comprometer!
- Amelia** ¡Así deben ser los hombres!
- Rosendo** Yo no tengo el gusto de conocer a esta señorita... Y si no que lo diga ella: ¿me conoce usted?
- Aurora** (*Fingiendo una gran emoción.*) Yo...

- Amelia** Cómo se turba.
- Aurora** Yo... no puedo, no sé fingir, Rosendo.
- Todos** ¡¡Eh!!
- Rosendo** *(En el colmo del asombro.)* Señorita, que...
- Aurora** *(Rápida.)* No, no lo niegues... Comprendo que lo haces por salvarme; pero antes que mi salvación eres tú, tú...
- Rosendo** *(A Amadeo.)* Tú, que yo me voy.
- Segundo** *(Ya loco.)* Luego, ¿es verdad?
- Aurora** ¡Verdad! Mátame, pero le amo.
- Encarn.** ¡Qué hombre!
- Cinta** ¡Qué las dará!
- Aurora** *(A Roviroso.)* Abandóname, déjame; pero sin él no puedo vivir. *(Llegando hasta Rosendo y echándole los brazos al cuello.)* Es el amor de mi vida. Yo le creía muerto en mi corazón; pero ahora, al verlo nuevamente, al contemplar esta figura que me recuerda Apolo, y esta majestad, que me recuerda al Rey Alfonso...
- Rosendo** *(Atónito.)* Esto parece cosa de teatro.
- Aurora** *(En el mismo tono.)* Al sentir esa mirada, que me arroba, que me embelesa... ¡Tu mirada! Tu mirada dice amores... caricias...
- Segundo** *(Decidido.)* ¡Basta de músicas!
- Aurora** No, no intentes arrebatarme de sus brazos, porque no lo conseguirás.
- Rosendo** Esto es un sueño, estos son los cigarrillos egipcios...
- Aurora** *(Muy dulce.)* Rosendo, ¿me amas?, ¿me quieres? *(Rosendo está con los ojos cerrados, como anonadado.)* Rosendo, ¿te estás durmiendo?
- Segundo** Pues bien, abrázalo muy fuerte, porque dentro de un segundo, lo que vas a abrazar es un cadáver.
- (Saca su revólver. Rosendo, al oír lo de cadáver y ver la acción de sacar el revólver, se suelta de los brazos de Aurora y huye, como en el primer acto, en dirección al foro; pero se tropieza con BARRERA, que ha entrado un momento antes para que oiga que lo van a matar.)*
- Rosendo** *(Corriendo.)* No, matarme, no.
- Barrera** *(Abrazándose a él y cubriéndole con su cuerpo.)* ¿Matarte a ti? ¿Quién? ¿Quién?
- Amadeo** ¡Barrera!
- Todos** ¡El loco!

- Barrera** (*Exaltado.*) Guay del que toque a este hombre al pelo de la ropa. El que lo haga, su cónyuge, descendientes directos e indirectos, colaterales y adyacentes, todos, todos, caerían bajo mi furia, y caer bajo mi furia equivale a caer en una sepultura. (*A Rosendo.*) Tú, a mi lado.
- Rosendo** Y tanto. ¡Cualquier día me aparto yo de La Barrera!
(*Telón.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Saloncillo donde se reúnen los artistas en el Gran Cine Teatro Medinense, construido y adornado al estilo japonés. En el centro de la lateral derecha, ancha puerta de entrada. En el foro derecha, y algo escorzada, arcada grande que conduce al escenario, y por la que se ve el pasillo o corredor, donde figuran estar situados los cuartos de los artistas. A continuación de la arcada, y siguiendo desde el foro hasta la lateral izquierda, amplio diván cubierto de cojines. En la lateral izquierda, segundo término, puerta del camerino de Aurora la «Sulamita», y en primer término un piano. Taburetes, un veladorcito de laca, faroles japoneses y todo cuanto al pintor le sugiera su fantasía. Es de noche.

(Al levantarse el telón, están en escena CUSTODIA, NUMERIANO, SEGUNDO y ENRIQUE.)

Custodia (A Enrique.) ¿Está usted seguro que Chón le ha escrito a Palomo en la forma que convinimos anoche?

Enrique Y tan seguro; les puedo decir a ustedes el texto de memoria: «Rosendo, no puedo más: esta noche, al acabar la presentación de La Sulamita durante la película que dan como final, espérame en la esquina de la calle Real, a la derecha del teatro. Iré con la carabina; pero no te asustes, que ella se marchará en seguida. Si no te encuentra hará una locura.—Chón.»

Segundo Numer. (Riendo.) ¡Magnífico! La de ésta, (Por Custodia.) sobre poco más o menos, viene a decir lo mismo: «Rosendo: Me he decidido. Al acabar su número La

- Sulamita, y durante la película final, espérame en la esquina de la calle Nueva, a la izquierda del teatro. Si faltas, fíjate en la lotería, y en la puerta leerás: «Cerrado por catástrofe.» (*Todos rien.*)
- Segundo** Pues la de Aurora es un poema: lo cita aquí para después hacer lo que hemos convenido...
- Enrique** El burlador va a morir de una burla.
- Custodia** Mañana, Medina recobrará su calma habitual.
- (*Por la derecha, entra ENCARNACION.*)
- Encarn.** Señores...
- Todos** ¡¡Chón!!
- Encarn.** ¿Les extraña verme? He dejado a mamá en el palco; a mí estos números de relleno me aburren, y como Enrique me dijo que se reunían ustedes aquí..., ¿y Aurora?
- Segundo** Vistiéndose para su presentación.
- Encarn.** Y que el público la espera con una nerviosidad...; yo artista, por muy modesta que fuera, no trabajaría delante de una estrella. Hay que ver: no toleran que se aplauda nada, ni que se repita nada...
- Numer.** Al que no he visto ha sido a su padre de usted.
- Encarn.** Y probablemente no le verá, y si lo ve no lo conocerá.
- Custodia** ¿Qué le ha ocurrido?
- Encarn.** Nada... El carácter de mamá; mejor dicho, el carácter de casi todas las mujeres españolas... Anoche papá tenía que cenar con no sé qué cliente...
- Segundo** (*Riendo.*) ¡Ah, sí, conmigo!
- Encarn.** Mamá parece ser que no lo vió muy claro eso del cliente, y se opuso; empezaron las reticencias, de las reticencias pasaron a las acusaciones...
- Custodia** ¿Y de las acusaciones a los arañazos?
- Encarn.** Sí, arañazos; se encerraron en el gabinete, y vergüenza me da decirlo, pero no dejaron mueble sano; mamá rugía como una pante-ra, y a papá le oí decir más de una vez, con una voz quejumbrosa: «No, con el palo de la silla, no.»
- Numer.** Ya me lo explico; ¡el pobre estará!...
- Encarn.** ¡No quiero decirles a ustedes cómo está! El creo que dice que es un ataque de reuma...
- (*Por la derecha entra AMADEO. Trae el bra-*

zo izquierdo sujeto por un pañuelo negro, que le cae del cuello en forma de cabestrillo; también trae vendado con un pañuelo el ojo izquierdo. Cojea, además, un poco al andar.)

(Entrando.) Buenas noche.

Amadeo
Numer.

Enrique
Segundo

Amadeo

¡Don Amadeo!

¿Me hacen ustedes el favor de prepararme una silla?... ¡Este reuma! (Avanzando y sentándose en la silla que le preparan.)

Custodia

Pero, ¿qué es eso?

Amadeo

Un ataque.

Segundo

Pero, por lo que se ve, ha debido ser un ataque terrible.

Amadeo

No se pueden ustedes dar una idea.

Custodia

¿Muscular o articular?

Amadeo

De las dos cosas. Aquí en el brazo me ha interesado desde el hueso dulce hasta la primera falange del dedo meñique, y en el ojo me ha interesado la niña, y no quieren ustedes saber lo que es una niña interesada.

Enrique

Pero, ¿no puede usted jugar el ojo?

Amadeo

El médico me ha dicho que si lo juego lo pierdo.

Segundo

A usted, por lo visto, le dan esos ataques de reuma.

Amadeo

Sí; pero tan fuerte como anoche no me han dado nunca.

Custodia

¡Ya, ya! ¡Está usted hecho una lástima!

Amadeo

Por eso no he querido que me vean en el palco, y le he rogado a don Servando que me dejase ver la presentación de La Sulamita entre bastidores.

Encarn.

(Aparte, a Enrique.) Ya habrá usted visto que he aceptado mi papel en la farsa que vamos a representar.

Enrique

Y yo se lo agradezco.

Encarn.

¿Ya no tendrá usted prisa por marcharse de Medina?

Enrique

Ahora me va pareciendo menos desesperante.

Encarn.

¿Y cuándo le parecerá a usted encantadora?

Enrique

Cuando usted quiera.

(Por el pasillo de la izquierda entra DON SERVANDO, empresario del Gran Coliseo, agitado, nervioso.)

- Servando** ¡Se están metiendo con la Bella Romero de una manera escandalosa!
- Segundo Encarn.** ¡Pobre muchacha!
Todo eso es impaciencia por ver a La Sulamita. Lo mismo han hecho con La Ideal Triguena. En el cuplet que titula «¿Qué es lo que quieres?», que no lo canta mal, bueno, pues cuando repite en el estribillo «¿Qué es lo que quieres?, ¿qué es lo que quieres?», todo el público la dijo: «¡Que te vayas!» Pero es lo que yo les digo: impaciencia por La Sulamita.
- Servando** Menos mal que con La Romero se acaba la primera parte. Estoy de los nervios que salto, y la tila que he pedido, sin venir... (*Asomándose a la derecha.*) ¡Pedro, Pedro...! Pero, ¿viene esa tila, o no viene?... ¡Sí, con azahar, con mucho azahar!... (*Volviéndose al grupo.*) Supongo que Aurora estará ya lista.
- Enrique** (*Indicando la puerta del cuarto, que se abre.*)
¡Mírela usted!
(*Por la puerta del camerino sale AURORA, vestida de Sulamita.*)
- Aurora** (*Saliendo.*) ¿Acabó ya la primera parte?
- Enrique** En este momento está acabando.
- Amadeo** Está usted lo que se dice salomónica.
- Aurora** No tanto; usted, que me mira con buenos ojos.
- Amadeo** ¡Eso quisiera yo!
- Servando** Le advierto a usted que como hagamos el entreacto muy largo, queman el teatro.
- Aurora** Por mí...
- Custodia** ¿Está usted nerviosa?
- Aurora** Mucho; como llevo un año sin cantar, dedicada sólo a impresionar películas... me parece que salgo por primera vez...
- Segundo** ¿Vas a tener miedo?
- Aurora** Miedo, no... preocupación... * A propósito:
* ¿por qué no ordena usted que venga y me
* repasen aquí, en un momento, la canción
* de «La Sulamita»? No la hemos visto esta
* tarde más que una vez, muy a la lige-
* ra, y...
- Servando** * No faltaba más: lo que usted quiera...

NOTA.—Las actrices que no quieran cantar el cuplet suprimirán todo lo que va señalado entre asteriscos.

* (*Acercándose a la derecha.*) ¡Pedro... Pe-
* dro...! Que venga en seguida el pianista...
* y la tila...; que venga también la tila... Es-
* toy de los nervios... *

Custodia Esta noche tiene usted doble trabajo. El de
ahora y el que tiene que representar des-
pués.

Aurora ¡Ah, sí! Pero el que me preocupa es el de
ahora: al otro no le temo; al contrario, me
servirá de regocijo. (*Riendo.*) Seguramente
no le van a quedar ganas de falsificar dedi-
catorias, ni de perseguir mujeres casadas.

* (*Sale por la derecha el PIANISTA.*)

Servando * (*A Aurora.*) Aquí tiene usted ya al maes-
* tro.

Aurora * ¡Admirable! (*A él.*) Usted me perdonará;
* pero quisiera asegurar la canción de «La
* Sulamita». Cuestión de un momento... Des-
* de aquí no llega nada a la sala, ¿verdad?

Servando * No, nada.

Aurora * (*A él.*) Pues cuando usted quiera.

Servando * Sí, sí, que hay que empezar en seguida.

* (*Se coloca el Pianista, las demás figuras
* también se apartan a un lado, y ataca la
* canción.*)

Todos * ¡Muy bien, muy bien!

Aurora * Se me notan los nervios, ¿verdad?

Amadeo * Nada; tiene usted una tranquilidad, que
* para mí la quisiera yo.

Servando * (*Al Maestro.*) Vaya usted a su puesto, y
* usted, (*A Aurora.*) ¿quiere venir conmigo
* a ver si está bien dispuesta la escena?
* (*Mutis del sexteto.*) *

Aurora Con alma y vida.

Encarn. Nosotros también nos vamos a aplaudirla.

Custodia Buena suerte, por más que usted ya está
acostumbrada.

Enrique ¿Y nosotros...?

Segundo Nosotros al público hasta que la farsa pen-
sada nos llame a escena.

(*Enrique, Segundo, Numeriano, Encarna-
ción y Custodia hacen mutis por la derecha.
Don Servando da el brazo a Aurora y hace
mutis con ella por el foro izquierda. Hay un
momento de pausa; por la izquierda aparece*

(El cuplet puede adquirirse en la Unión Musical Espa-
ñola, Carrera de San Jerónimo, Madrid.)

DOMITILO, vestido de hortera en día de fiesta. Sale fumando un cigarro puro, que por más que chupa no arde.)

Domitilo

(Llegando hasta la batería y suspirando.) ¡Ay, Generosa, Generosa! ¡Si tú supieras que te acabo de ver por el agujero del telón!... *(Al público.)* Está en una delantera de anfiteatro y está de guapa que colapsa... Se trae un vestido color salmón, con adornos crema tirando a mayonesa, que resulta de un gusto... Parece mentira que al salmón le vaya tan bien la mayonesa... *(Suspirando.)* No le falta más que la piel: esa piel con que ella sueña y que el día que se la pueda regalar es el más feliz de mi vida... Que bien le sentaría un renard... o un topo, cualquiera de los dos. Ella dice que renard y yo digo que topo. Bueno, ella vendrá bien vestida; pero yo estoy que en una jura de bandera no sé quién llamaría más la atención, si la bandera o yo. Y luego que este puro me da una importancia y me da una garraspera... Desde que lo encendí no hago más que chupar y no tira, y claro, como no tira lo voy a tener que tirar... Dos veces he estado pa sentarme junto a ella y no puedo, no me dejan los nervios. ¡Hay que ver cómo estoy! ¿Cómo me tranquilizaría yo?

(Por la derecha sale un CAMARERO con un servicio.)

Camarero

(Saliendo y dejándolo sobre el velador.) La tila con el azahar; luego vendré a recoger el servicio. *(Hace mutis por donde salió.)*

Domitilo

¡Ni que me hubiera oído! *(Se sienta junto al velador y se dispone a tomar tila.)* Que esto no es para mí, no cabe duda... Ahora, que me va a sentar admirablemente, tampoco cabe duda.

(Por la derecha entra ROSENDO; viste traje de sport por el estilo del traje elegante que sacó en el primer acto, lleva encasquetada una gorra suiza con trabilla atrás.)

Rosendo

(Desde la puerta y como si hablasen con alguien.) ¿Está, verdad? Gracias. *(Entrando.)*

Domitilo

(Al verlo.) ¡Caramba! Señor Palomo.

Rosendo

¡Domitilo! ¿Pero qué haces tú en el saloncillo de los artistas?

- Domitilo** Pues ya lo ve usted. Templando el sistema nervioso. ¿Usted gusta?
- Rosendo** ¿Qué es eso?
- Domitilo** Tila con azahar.
- Rosendo** Hombre, sí; te lo agradezco, porque tú estarás inquieto, pero yo estoy que parezco un escape de áncora.
- Domitilo** Es noche de nervios. Beba usted.
- Rosendo** ¿Pero y tú?
- Domitilo** Usted no se preocupe y beba. (*Rosendo bebe.*)
¡Mi madre, y qué sportman viene usted!
- Rosendo** Que quieres. Quizá tenga que ponerme en camino dentro de pocas horas... No sé si en moto, en auto o en monoplano. Como todos estos medios de locomoción me son familiares...
- Domitilo** ¿Pero ha subido usted en mono?
- Rosendo** Claro que sí: he subido en biplano y en monoplano; el biplano es más pesado, asciende con más lentitud, el mono sube más deprisa; ahora que a mí el mono me marea, prefiero el auto.
- Domitilo** Ahora me explico por qué viene usted con ese traje.
- Rosendo** (*Dándose importancia.*) Último mugido de la moda. Palpa el tejido, recreáte en el corte, y no te digo nada de la hechura.
- Domitilo** Y que le sienta usted admirablemente.
- Rosendo** ¿Verdad que sí? Fíjate en los bolsillos, con fuelle, otro fuelle, otro fuelle.
- Domitilo** Que va usted muy airoso, sí, señor. ¿Y se puede saber con quién va usted de excursión? Porque solo no creo yo...
- Rosendo** ¡Ah!, ese es mi secreto: la suerte, querido Domitilo, se ha cansado de ser ingrata conmigo. Yo he estado sembrando para otro, y hoy, sin yo buscarlo, tengo que coger la cosecha para mí... Así es el mundo, que la opinión pública te señale como rico, y aunque no tengas un cuarto, te se abrirán todas las puertas, te ofrecerán todos los negocios; que te señalen como sabio y ya puedes decir tonterías, que caerán como grandes pensamientos... El caso es que te señalen como algo.
- Domitilo** Y a usted por lo visto...
- Rosendo** A mí me han señalado ya dos o tres veces. Por eso precisamente voy a ser feliz.
- Domitilo** ¿Pero se puede saber...?

- Rosendo** No, no; inútil... y has de saber que si quisiera, esta noche sería feliz por tres veces; pero, no, no; con una me basta... y a propósito de una; ¿vas a salir a la sala?
- Domitilo** Ahora mismo, porque ya debe haber empezado La Sulamita.
- Rosendo** Cuando yo entré iba a levantarse el telón.
- Domitilo** Anda, entonces no la veo.
- Rosendo** Lo que quiero que veas es si está en el teatro el señor Barrera.
- Domitilo** Me parece que está con su hija.
- Rosendo** ¿Estás seguro?
- Domitilo** Jurarlo, no se lo juraría, pero vamos, que me ha parecido...
- Rosendo** Pues bien, echa una ojeada, y si están, ven en un momento, que tengo que darte una carta para que se la entregues al acabar la función: es un favor que te suplico.
- Domitilo** (*Levantándose.*) Ahora mismo.
- Rosendo** (*Reparando en el traje de Domitilo.*) Hombre, tú también vas de tiros largos.
- Domitilo** ¿Qué quiere usted? La Generosa, que está en una delantera y...
- Rosendo** Sí, sí, haces bien; a la mujer, como a la mariposa, hay que deslumbrarla, y tú vas que eres un mechero Auer.
- Domitilo** Como revolotee, cae.
- Rosendo** Pero antes mira eso que te he encargado.
- Domitilo** (*Haciendo mutis.*) Descuide usted.
- Rosendo** (*Solo.*) Sí; porque abandonar Medina sin darle una explicación aunque sea por escrito, me parece de una crueldad que... no, no, yo le mando la carta; le va a sentar como si se desayunase con ricino, pero no tengo más remedio, porque o yo no sé leer o una carta como ésta no se la escribió doña Eloísa a don Abelardo.
- (*Por el foro izquierda se oye la voz de Aurora que dice.*)
- Aurora** Sí, sí... Las flores, que las dejen en la Dirección.
- Rosendo** (*Emocionado.*) ¡Ella!
- Aurora** Y las palomas, también... Ah, lá paloma de Palomo que me la cuiden, por Dios, que en cuanto me vista la recogeré... (*Sale a escena y ve a Rosendo.*) ¡Ah, tú! ¿Tú ya?
- Rosendo** (*Alicortada.*) Yo, tú, digo, tú, yo, digo, yo ya... (*Aparte.*) Yo ya no sé lo que me digo.

Aurora (*Con pasión.*) Ven, acércate; te habrá extrañado mi carta, como te extrañaría ayer mi actitud delante de todos; pero por eso te he citado aquí, para darte una explicación antes que partamos para siempre. Siéntate, Rosendo.

Rosendo (*Tímido.*) Pero...

Aurora No, no tengas miedo; nadie nos estorbará, nadie interrumpirá este idilio que nace y que tardará mucho en morir.

Rosendo Dios te oiga. (*Sentándose.*)

Aurora Más, más cerca... así... cógeme las manos, (*Se las coge.*) aséstame la puñalada de tus ojos medinenses.

Rosendo (*Turbado.*) ¿Cómo?

Aurora Que me mires.

Rosendo ¡Ah! (*Le clava los ojos cómicamente.*)

Aurora Así, y ahora óyeme, Rosendo; la escena de ayer no fué una burla, como tú te creerías... Claro que ni tú me conocías a mí, ni yo a ti... es decir, yo a ti, sí... tu persona no había encantado mis ojos, pero tu aureola se había entrado en mi alma. ¿Me comprendes, Rosendo?

Rosendo (*Atónito.*) Sí, sí.

Aurora Mucho antes de llegar a Medina, ya habían sonado en mis oídos tus aventuras, tus gallardías...

Rosendo (*Igual.*) ¿De modo que antes?...

Aurora Y en el tren, cuando me dirigía aquí, cerraba los ojos y pensaba: «Voy a pisar la tierra de ese hombre extraordinario, por el que enronquecen las trompetas de la fama, sollozan las mujeres y mueren de rabia los hombres; voy a verle, a verle, y mi alma, mitad artista y mitad aventurera, sentía deseos de abandonarme para adelantar al tren, para llegar antes, para verte antes, para sentirte antes.

Rosendo Ahora comprendo lo de antes.

Aurora Por eso fingí que nos conocíamos; por eso fingí que nos adorábamos, porque quería convencerte, porque quería adorarte. Tú que has anidado en tantos corazones de mujer, comprenderás la exaltación de éste mío.

Rosendo ¿Pero eso que me propones en tu carta?

Aurora No es que te lo propongo, es que te lo ruego... Sí, Rosendo mío, quiero ser tuya y nada más que tuya... No te inquietes por nada; mi

dinero, mis joyas, todo, todo para ti... lo que yo quiero es tenerte siempre a mi lado, que me dejes asomarme a las ventanas de tus ojos.

Rosendo

Tú te asomas y te retrepas si quieres.

Aurora

Tuya, sólo tuya, y si tienes celos del público, dejaré mi arte y tú me mantendrás.

Rosendo

No, eso no: celitos, no... Además, que yo tengo una gran confianza en ti... Pero óyeme, ¿y tu novio, ese que se iba a casar contigo?

Aurora

No me hables de él: es un hombre vulgar, sin leyenda, sin aureola...

Rosendo

Pero con un carácter de fiera. Esta mañana me encontró en la Plaza Mayor, cerca de la peluquería de los soportales: verme... agarrarme de la trabilla y meterme en la peluquería, todo fué uno. Yo pensé: esto es que quiere hablarme en secreto y me quita de la vía pública... Sí, sí, lo que me quita si me descuido es la cabeza, porque apenas entré en el establecimiento me sentó en un sillón, y sacando una Browning le dijo al «cofer»: «Pele usted a este hombre con el cero», y sentándose junto a mí exclamó al mismo tiempo que me apuntaba: «Usted dirá: o los pelos, o los sesos.» Cinco minutos después, mira. *(Se quita la gorra y aparece pelado con el cero.)*

Aurora

¡Qué tragedia!

Rosendo

De Esquilo.

Aurora

Tápate, vida mía, tápate y no te preocupes. Antes de un mes volverás a tener aquellos bandós que caían sobre tus sienes en rizado oleaje... Es cuestión de tiempo y de abrótano macho. Ahora preocúpate de nosotros, de nuestro cariño, de los días tan felices que nos esperan... ¿Dónde te parece que nos vayamos?

Rosendo

Qué sé yo... Podemos irnos a una costa.

Aurora

¿A qué costa?

Rosendo

A costa tuya tiene que ser, porque yo..

Aurora

Mejor a la Groelandia: la eterna región de los hielos, donde dura la noche seis meses.

Rosendo

Yo no puedo roncar tanto tiempo.

Aurora

En fin, ya lo decidiremos. Ahora espera un momento; me visto y escapamos... *(Medio mutis.)* ¡Ah, para abreviar, no me entretien-

go en arreglar el equipaje! Yo te iré echando lo más preciso y tú lo llevas hasta el auto... No te impacientes, que pronto me tendrás a tu lado. Entretanto, coge esto que te tiro y tenlo prisionero de tus labios hasta que yo le dé la libertad. (*Tirándole un beso.*) ¡Hum! (*Mutis por la puerta del camerino.*)

Rosendo

Lo que hace la leyenda. Yo sin la fama que me he buscado por la culpa de Amadeo, me acerco a esta mujer, y si voy adonde me manda, a estas horas estoy escardando cebollinos... Y sin embargo, por ser lo que cree que soy, me cita, me recibe y Dios quiera que no me dé la puntilla... porque es mucha mujer... ¡Pues y la lotera! ¡Y la hija de Amadeo!... Seguramente me estarán esperando en las respectivas bocacalles... Pero donde esté Aurora... ¡Como Aurora, ninguna!... Además, el efecto... Cuando se enteren que yo he salido de aquí con la Aurora...

Aurora

(*Desde dentro.*) Ahí va eso. (*Tira un abrigo.*) Y eso. (*Le tira una salida de teatro.*) Y eso. (*Un echarpe.*) Y eso. (*Una piel.*)

Rosendo

(*Cogiéndolo todo.*) Y eso que decía que no iba a coger casi nada. (*Por la derecha se oye la voz de Amadeo que dice.*)

Amadeo

No, no; si es que no quiero ir al público.

Rosendo

(*Alarmado.*) Amadec. Por lo visto viene hacia aquí; y como me vea, ¿qué hago?, si me voy y sale...

Amadeo

(*Desde dentro.*) Que le he dicho a usted que no, que gracias.

Rosendo

(*Como si se le hubiera venido una idea salvadora.*) ¡Ah! (*Se sienta en una silla y se tapa con el abrigo, la salida de teatro el cuerpo y con el echarpe y la piel, la cabeza, colocándoselo todo de forma que parece que es ropa que han colocado sobre la silla.*)

(*Por la izquierda entra DOMITILO.*)

Domitilo

Yo tenía razón; el señor Barrera está con su hija en la sala; por cierto que hay que ver cómo la miran... (*Mirando a todos lados.*) ¿Se ha ido el señor Palomo?... ¿Pues no quedó en esperarme aquí?... Estará en el cuarto de alguna cupletista, como si lo viera... No, pero yo no le espero, esto está acabando y saldrá mi Generosa y... (*Se fija en la piel.*) ¡Mi ma-

dre, y qué piel más superior! (*Temblando y un poco azorado.*) Y... no hay nadie... No, no Domitilo, eso no... Tú podrás estar loco por esa mujer, pero hasta el extremo de... Y el caso es que si tú se la pusieras al salir al cuello, ella te daría ese ansiado sí... Sí... sí... Después de todo, quién puede sospechar que yo... No, yo no me dejo aquí la piel, yo me la llevo.

(*Se acerca de puntillas a la silla, coge el rabo de la piel y con la cara vuelta a la silla y mirando a todos lados por si le sorprenden, tira de ella y va haciendo un mutis cómico, temblando y arrastrando la piel, y desaparece por donde entró. Apenas ha hecho mutis, Rosendo, que se ha quedado sin moverse, se quita el echarpe y le dice al público.*)

Rosendo

Bueno, si yo me levanto en el momento en que me quitaba la piel, el grito que da se oye en la frontera francesa, y acabado el grito se me cae redondo al suelo y tiene que acudir la gente y me estropea la combinación; por eso no he dicho esta boca es mía...

(*Por la puerta del camerino sale AURORA vestida en traje de calle.*)

Aurora

(*Saliendo.*) ¿Te he hecho esperar mucho?

Rosendo

Nada.

Aurora

Pues anda, coge todo eso y vamos... (*Reparando en el abrigo. echarpe, etc.*) A ver, espera... juraría que te he tirado la piel que me regaló el empresario de Barcelona.

Rosendo

(*Aparte.*) Ya lo ha notado.

Aurora

Quizá esté equivocada. En fin, vamos, no hay tiempo que perder...

Rosendo

Vamos...

(*Rosendo coge la ropa y con Aurora al lado se dirige a la puerta de salida, y en el preciso momento de llegar a ella se presenta ENCARNACION.*)

Encarn.

(*Impidiendo el paso y en actitud hostil.*) Buenas noches.

Rosendo

(*Alterrado.*) Esta viene por mí.

Custodia

(*Apareciendo en la misma forma.*) Buenas noches.

Rosendo

(*Aparte.*) Y ésta también.

Encarn.

(*Con ironía.*) Supongo, señorita Martínez, que no habrá usted venido a Medina a robarnos los hombres.

- Custodia Bueno que los utilice usted de perchero, pero llevárselos, no.
- Aurora *(En tono bravo.)* ¿Qué me quieren ustedes decir?
- Rosendo *(Viendo llegar la catástrofe.)* Yo te explicaré...
- Aurora *(Bravía.)* Tú no hablas.
- Rosendo Es que...
- Encarn. *(Idem.)* Tú enmudece.
- Rosendo Pero si...
- Custodia *(Idem.)* Tú te callas.
- Rosendo Está bien. *(Aparte.)* Nos van a recoger con uña espuerta.
- Encarn. Quiero decirle que usted tiene más campo que nosotras para encontrar hombres del mérito de éste, y que a éste no se lo lleva usted porque yo no quiero.
- Custodia Ni yo.
- Aurora ¿Que no? Este hombre es mío. *(Lo coge con fuerza por el cuello y se lo acerca hasta ella, estropeándole la corbata, etc., etc.)*
- Encarn. *(Cogiéndole del cuello de la americana y tirando de él hacia ella.)* ¡Es mío!
- Custodia *(Cogiéndole de la trabilla y atrayéndole hacia ella, con tal fuerza, que le rompe la trabilla.)* Es mío.
- Aurora *(Cogiéndole de la gorra y quitándosela al atraerlo.)* Mío.
- Encarn. *(Igual juego, arrancándole la corbata.)* Mío.
- Custodia *(Casi dejándole sin camisa.)* Mío.
- Rosendo *(Hecho un trapo.)* Yo de quien soy es de la Sociedad de Pompas fúnebres.
- Aurora Pues bien, que él decida; pero óyelo bien, Rosendo, si me desprecias... *(Saca un puñal.)* Mira, me lo hundo en el pecho.
- Encarn. *(Sacando otro puñal.)* Y yo en el cuello.
- Custodia *(Sacando otro puñal.)* Y yo en el corazón. *(Quedan con los puñales levantados.)*
- Rosendo ¡Puñales!
- (Por la puerta de la derecha aparecen ENRIQUE, SEGUNDO y NUMERIANO.)*
- Los tres *(Al entrar, trágicamente.)* ¡Ellas!
- Custodia *(Por su marido.)* ¡El!
- Encarn. *(Por Enrique.)* ¡El!
- Aurora *(Por Segundo.)* ¡El!
- Rosendo El... Viático.
- Encarn. Enrique, yo te explicaré...
- Enrique Tú no hables.
- Custodia Numeriano, yo...

- Numer.** Tú enmudece.
- Aurora** Segundo, es que...
- Segundo** Tú te callas.
- Numer.** Este hombre es mío.
- Enrique** Perdóne usted, es mío.
- Segundo** No se cansen ustedes, de quien es es mío.
- Rosendo** (*Aparte.*) Estos también; no van a tocar ni a cuarto de kilo.
- Numer.** (*Sacando una Browning.*) Déjenme ustedes, que quiero darle nueve tiros.
- Rosendo** ¡Nueve!
- Enrique** Y yo diez.
- Rosendo** (*Sumando.*) Diez y nueve.
- Segundo** Y yo once.
- Rosendo** (*Sumando.*) Y once, treinta. Me planto. Pero que me planto en mitad de la calle. (*Intenta huir.*)
- Numer.** (*Apuntándole.*) ¡Quieto!
- Segundo** (*Idem.*) ¡Manos arriba!
- (*Los tres le apuntan con las pistolas y Rosendo levanta las manos. En esa actitud entra por la derecha GENEROSA; trae puesta la piel que se llevó Domitilo.*)
- Generosa** (*Entrando.*) ¿Está aquí Palomo?
- Rosendo** ¡Otra!!
- Generosa** (*Viéndole.*) ¡Ah, sí! (*Desde la puerta y como si hablara con alguien.*) Pasen ustedes, que está haciendo una película.
- (*Por la derecha entran BARRERA, seguido de ROSALINDA, que es una muchacha joven, pero de una fealdad que tumba, muy parecida a la descripción que de ella hizo Rosendo en el segundo acto. Viene ataviada además con un gusto como para matarla. Sale derecha Domitilo.*)
- Barrera** (*A Rosalinda.*) Ahí lo tienes, esperándote con los brazos abiertos: anda, échate en ellos.
- Rosalinda** (*Abrázandose a él.*) Palomo mío.
- Rosendo** (*Aterrado.*) No puedo más, me muero. (*Cae desmayado en una silla.*)
- Barrera** Hijo... Hijo, ¿qué te pasa?
- Rosalinda** La alegría de verme.
- Barrera** A que se me muere ahora y tengo que seguir haciéndome el loco...
- Aurora** No tema usted, es un accidente pasajero; han sido tantas emociones seguidas.
- Custodia** Pero bien castigado está.

- Rosalinda** (*Rociándole con agua las sienes.*) Rosendo, mi vida, vuelve en ti.
- Aurora** (*Que un momento antes se ha estado fijando en la piel de Generosa.*) Oiga, ¿quién le ha regalado a usted esa piel?
- Generosa** El joven que desde hoy es mi prometido.
- Domitilo** Se la prometí.
- Aurora** ¿Y a usted quién se la ha dado?
- Domitilo** (*Aparte.*) ¡Mi madre, a que es de ésta! Yo le echo la culpa a Palomo, ahora que no me oye.
- Rosendo** Sí te oigo, sí. (*Alto.*) Este ha contribuido a esa tragedia de mi vida, quitándome la piel.
- Aurora** La piel que es mía.
- Generosa** ¡Ah, de modo que...!
- Aurora** Sí, pero no se la quite. Se la regalo en nombre de su novio y como recuerdo de mi paso por Medina.
- Domitilo** Es usted la mejor artista del mundo.
- Barrera** Y ahora, a pensar en la felicidad que te espera. Todo está vencido; dentro de seis días te unirás para siempre a tu Rosa.
- Rosalinda** (*Agarrándose a él.*) Para siempre.
- Rosendo** ¡Ah, pero tengo que casarme!...
- Barrera** Tú verás, o lavas mi honra, o te machaco la cabeza.
- Encarn.** Y ya casado, puede Medina dormir tranquilo, sin miedo al burlador más burlador que ha conocido este siglo.
- Segundo** (*A Aurora.*) Aurora, y para mí se ha acabado el ser celoso.
- Numér.** (*A su mujer.*) Custodia, y para mí se ha acabado la intranquilidad.
- Enrique** Chon, y para mí se ha acabado el deseo de marcharme.
- Rosendo** ¡Rosa! (*Aparte al público.*) Para mí sí que se ha acabado la primavera.—(*Telón.*)

FIN DE LA OBRA

The first part of the report
 deals with the general situation
 and the results of the
 investigation. It is found
 that the results are
 in general in accordance
 with the expectations.
 The second part of the
 report deals with the
 details of the investigation
 and the results of the
 various experiments. It
 is found that the results
 are in general in accordance
 with the expectations.
 The third part of the
 report deals with the
 conclusions of the
 investigation. It is found
 that the results are
 in general in accordance
 with the expectations.
 The fourth part of the
 report deals with the
 recommendations of the
 investigation. It is found
 that the results are
 in general in accordance
 with the expectations.
 The fifth part of the
 report deals with the
 conclusions of the
 investigation. It is found
 that the results are
 in general in accordance
 with the expectations.

Report of the Committee

Precio: 3,50 pesetas